

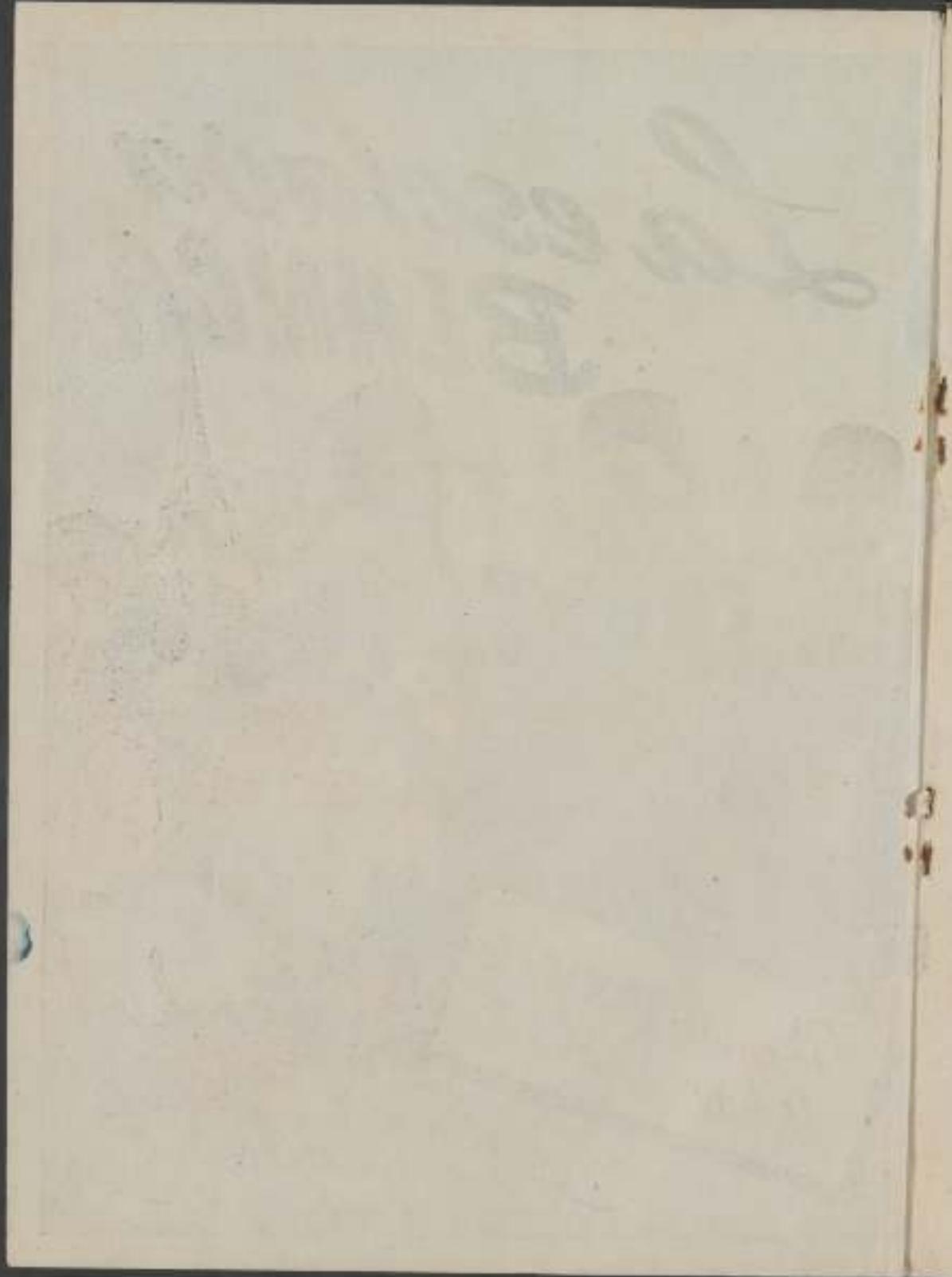
INTERNATIONAL PICTURES

La esclava BLANCA



*Viviane
John* ROMANCE
LODGE





EDICIONES SUIZAS DE FILMS

LA ESCLAVA BLANCA



LA ESCLAVA BLANCA



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VIEDAGUER

Apartado 707 « BARCELONA » Teléfono 70607
Valencia, 224 « Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENCIA DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbú, 16, Barcelona - Tercera, 4, Madrid

EDITORIAL

ALAS



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 399

NUM. 150

LA ESCLAVA BLANCA

A aquellos que no conocen la famosa novela de Pierre Loti «Les desenchantées», donde explica la vida de las mujeres turcas, pueden, con la lectura de esta novelización de LA ESCLAVA BLANCA, penetrar también hondamente en el mundo de aquéllas, cuya incorporación a nuestras costumbres es reciente y no total en nuestros días.



BALET Y BLAY

Paseo de Gracia, 83 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Mireille</i>	Viviane Romance
<i>Vedád Bey</i> . . .	John Lodge
<i>El sultán</i>	Dalio
<i>Degernarl</i> . . .	Saturnin Fabre
<i>Sheila</i>	Louise Carletti
<i>Tarkine</i>	Sylvie
<i>Dama Safoete</i> . .	Mila Parély

Director:

G. W. PABST

Narración literaria:
Marcos Estrada



ORIENTE Y OCCIDENTE

Siempre se ha creído que el amor lo nivela todo y hace que se olviden patrias y costumbres, leyes y tradiciones e incluso un nuevo amor a otros amores. También Vedad Bey, joven turco de rica y distinguida familia, agregado a la embajada de Turquía en París, abundaba en esta opinión, desde el instante en que conoció a Mireille, bella francesita, muchacha encantadora como jamás había encontrado otra.

Los ojos de Mireille le hicieron olvidar todo lo que a él y a su patria se refería, sin otro afán que conquistar a aquella belleza, falto de cuyo amor, estaba convencido de que jamás podría ser feliz ni realizar en su patria todo lo que se había propuesto, esto era, llevar a Turquía muchas, o algunas cuando menos, de las modernas costumbres que reinaban en Francia y que hacían aparecer a su país como una tierra anticuada, sujeta a unas atrasadas leyes que, vistas desde lejos, resultaban execrables.

Era a finales del siglo pasado cuando Vedad Bey se hallaba en París, en apariencia sólo como agregado de embajada, pero su ambición iba mucho más lejos. Había necesidad de renovar muchas cosas en su país, dotarlo de luz eléctrica, conducciones de agua y todo lo que a higiene se refería. En París él estudiaba y veía cómo todo funcionaba, siendo su interés primordial renovar la querida patria.

Seis meses duró el cortejo de Vedad Bey con Mireille, seis meses durante los cuales sufrió celos, celos torturadores, desengaños, angustias y sólo a veces asomaba la más leve esperanza de que algún día podría llamar suya a la hermosa francesa, pero cuando más próximo se creía a la victoria, surgía algún obstáculo inesperado que derrumbaba todas las ilusiones y hacía necesario empezar de nuevo la conquista de tan difícil dama. Pero es que Vedad ignoraba que Mireille se resistía a querer a un hombre que había llegado de un país, para ella extraño, del que sólo conocía por encima alguna de sus extrañas costumbres y temía no poder jamás acostumbrarse a ello. La pasión del joven diplomático era sin embargo tan avasalladora que Mireille empezó por interesarse un poco, por escuchar los relatos maravillosos que él le hacía de su tierra, de la poesía de sus mares, de las ardientes puestas de sol que dejaban impresas en el firmamento las cúpulas y minaretes de Constantinopla... y antes de que pudiera reaccionar contra el encanto que la palabra de Vedad imprimía a sus relatos, Mireille se encontró presa en sus brazos y dispuesta a acompañarle hasta el fin del mundo.

La boda se celebró en París, revistiendo toda la importancia que requería a un joven agregado de la embajada turca, de su calidad, y después de una breve luna de miel visitando los puntos más pintorescos y románticos de Francia, emprendieron el regreso a Turquía, donde la joven pareja encontraría ya dispuesto su hogar, la casa paterna de Vedad, habitada también por la madre del novio y una hermana menor, Sheila.

Los planes de Vedad al regresar a su casa, después de la experiencia obtenida en Francia, eran de dedicarse a la política para convertirse en un brillante hombre de Estado.

Acomodados en un departamento de primera del expreso París-Constantinopla, vulgarmente conocido por el «Simplon», Mireille sentía verdadera ansia por pisar la tierra patria de su querido esposo. Los días transcurridos a su lado habían sido de ensueño y todo prometía un feliz porvenir.

La locomotora del gran expreso no tomaba un instante de reposo y devoraba kilómetros de vía férrea, aproximándose cada vez

más a lo que para Mireille iba a ser la tierra de promisión de mil dichas.

El revisor asomó la cabeza en uno de los departamentos de primera.

—La próxima estación es Uskub, frontera turca, preparen ustedes sus pasaportes; dentro de diez minutos llegaremos allí, deben tener preparados los documentos y los equipajes.

Una institutriz romántica que se hallaba en el tren, dijo a la doncella que estaba a su lado:

—Será una diversión pasar la frontera.

—Mi tío, el de Couvérois, siempre decía: «Esto es tan molesto como pasar por la aduana» y ahora comprendo lo que quería decir.

Los pasajeros se dispusieron a obedecer las órdenes que acababan de darles y el revisor siguió hasta el coche-cama. Llamó a uno de los departamentos.

—Visado de pasaportes y del equipaje—dijo al tiempo que abría la puerta, y al ver a Vedad abrazado con su mujer, añadió—: Perdone, excelencia.

—En viaje de novios no debería ser necesario enseñar los pasaportes—contestó Vedad con una sonrisa.

—Estamos ya en Turquía—exclamó Mireille—, en tu país, amor mío.

—Es necesario que te acostumbres a decir nuestro país—rectificó el marido, y mostró la documentación al revisor.

Así fué el revisor recorriendo coche tras coche, y al llegar a uno de tercera entró sin grandes cumplidos, gritando:

—La frontera, documentación a la vista. Tu documentación, muchacho, pronto. ¡Tu pasaporte! ¿No? ¿Pero es que crees que viajas en coche-cama? Basta de música, ¡eh! ¿Has comprendido?

—El ruido del tren ya ha parado y así me aprovecho para hacer un poco de música, y usted no es quién para prohibirme que toque—dijo un joven que podía muy bien ser un estudiante.

—Si sigues contestándome con ese descaro, te enviaré al calabozo. Aquí no admitimos bromas.

—¿Has olvidado que estamos en Turquía?—dijo otro viajero.

Así fueron interrogando a unos y a otros, con más o menos

rudeza hasta haber revisado, o creído que lo habían hecho, a todos los que viajaban en aquel expreso.

Mireille observaba asombrada todo aquel movimiento en el que intervenían personas muy distintas a las que ella estaba acostumbrada a ver.

—Me parece que soy Alicia en el país de las maravillas—dijo, mirando a Vedad—. Todo aquí parece un cuento de hadas.

—¡Eres encantadora, Mireille!—él le respondió.

Se acercó a ellos el jefe de la estación y un oficial de la aduana.

—Ahora tendré que registrar sus equipajes—dijo el jefe.

—¿No cree que podría dispensarse esa formalidad?—preguntó Vedad, mirando inteligentemente al funcionario y dándole la mano con cierta indiferencia.

—Creo que sí, excelencia.

—Dan muchas facilidades estos funcionarios—dijo la recién casada.

—Sí, es verdad, y lo más gracioso es que entre las reformas que anhelo introducir en mi patria, la primera será la supresión del «bakshich».

—¿Del «bakshich»?—interrogó desconcertada Mireille.

—Sí, esto que he dado a ese hombre.

—¡Ah, una propina!

—Es algo más grave que una propina, es la corrupción, el soborno...

—Bueno; no lo tomes tan en serio, querido esposo.

—No; pero me molesta que al momento de pisar mi patria me convierta inmediatamente en un oriental, sólo en cinco minutos.

—Bueno; pues yo ahora te pido mi «bakshich»—dijo Mireille, levantando su semblante hacia él para que la besara.

Quedaron ambos mirando al andén a través de la ventanilla para observar un extraño movimiento de gentes y policía, y escuchar una voz estentórea que gritaba:

—¡Cerquen todo el tren!

Un hombre subió precipitadamente en el vagón donde viajaban la institutriz y la doncella.

—Podía usted pedir permiso—dijo indignada la doméstica ante la brusquedad de aquel hombre.

—No se mueva y cálese la boca—contestó aquel, mirándola amenazadoramente.

El tumulto en el andén aumentaba, y un gendarme emitió una orden:

—¡Que ningún viajero descienda del tren!

Un oficial subió al tren y fué inspeccionando a todos los pasajeros.

—Que nadie se mueva de donde está, preparen su documentación y abran sus maletas.

—¿Pero, qué es lo que pasa?—preguntó Mireille, asombrada, a su marido.

—No te muevas de aquí, yo voy a ver qué ocurre.

La policía y los soldados fueron registrando a todos y cada uno de los pasajeros sin, al parecer, lograr ningún resultado.

—Veamos, ¿eso es todo?—gritó un oficial, indignado—. ¡Mi enhorabuena, falta lo principal!

—¿Lo principal?—preguntó el pobre soldado a quien iban dirigidos los gritos.

—¡No se quede aquí como un atontado!—exclamó el oficial, al ver a Vedad parado junto a él—. ¡Han dejado escapar a Murad!

—Le ruego que tenga un poco más de comedimiento—dijo Vedad.

—¡No se meta usted en lo que no le importa!

—Me meteré en lo que me importa haciendo que le detengan a usted por su brutalidad. Perdone mi intervención, mi capitán; pero vienen varios extranjeros en el expreso...

—¿Y qué?

—Van a llevarse una deplorable impresión de Turquía.

Un oficial de más graduación se acercó a Vedad.

—Su excelencia regresa a Constantinópla para ponerse a las órdenes de su Majestad. ¿no?

Al oír estas palabras, el oficial que había increpado a Vedad le saludó respetuosamente y dijo:

—Perdone su excelencia, estamos buscando a un peligroso revolucionario que ha sido visto en el tren.

Mientras Vedad sostenía coloquio con los oficiales, un individuo penetró en el departamento donde estaba Mireille, aguardando que regresara su esposo, y le aclarara a qué se debía todo aquel movimiento.

—¡Oh! ¿Quién es usted?—preguntó la joven, alarmada.

—No soy un malhechor, se lo aseguro, y no tiene que temer nada de mí.

—Pero aquí no puede quedarse.

—¡Señora, si me denuncia, me condena a muerte!

Esto ya no le parecía Mireille un cuento de hadas, pero la mirada del infeliz perseguido la conmovió.

—Aquí le encontrarán...

—Puede ser que no me vean y concédame el honor de creer que es algo más que mi vida, lo que intento salvar.

El portero del coche-cama intentaba evitar que subieran a molestar a los viajeros y ganarse así una propina más generosa.

—Puedo asegurarles que no ha entrado nadie en este vagón.

—De todas maneras debemos registrarlo. Abra este departamento—ordenó el policía.

—En él viajan Vedad Bay y su esposa—objetó el portero, resistiendo todavía.

—¡Le he dicho que abra!

Se abrió la puerta y Mireille que estaba mirando por la ventanilla, muy serena en apariencia, dió media vuelta y vió al policía.

—¿Qué desean ustedes?—preguntó, ligeramente asombrada.

—Buscamos a un criminal que ha subido en este vagón—explicó la autoridad.

—¡Yo no he visto a nadie...! Pero si no me creen, pueden entrar a registrar—dijo con mucho aplomo.

—Se habrá refugiado en otro lugar. Dispénsenos, señora. Pasemos a otro departamento—dijo el policía—, dese prisa.

Mireille salió al pasillo como si le interesara ver adónde se dirigían, y en voz muy baja, sin mover los labios, dijo:

—Están ahí, al otro extremo del pasillo... ya se han ido.

El perseguido, desde su escondrijo, miró a la joven con la

gratitud más profunda reflejada en sus ojos y exclamó en voz muy queda:

—Sería grotesco, ¿verdad?, que intentara darle las gracias.

Mireille había cerrado de nuevo la puerta de su departamento.

—Estoy tan asustada, es todo tan raro, que no sé qué decir ni qué hacer. Mi marido regresará de un momento a otro.

—¿Es usted francesa?

—Sí.

Se oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¡Es mi marido!—exclamó Mireille, de veras alarmada esta vez. ¿Qué hacer?

—¡Abra! Sabré explicarme.

Mireille obedeció la orden que le daba aquel desconocido, al que la policía acababa de calificar de criminal. Abrió la puerta, entró Vedad y el otro hombre se presentó ante él. El asombro del primero no tuvo límites.

—¿Cómo has podido introducirte donde estaba mi mujer?

—No he tenido tiempo de pensarlo y por de pronto no sabía quién era la dama que viajaba aquí.

La joven esposa se tranquilizó inmediatamente al ver el giro que tomaba el asunto.

—¿Es que ustedes se conocen?

—En efecto—dijo el marido—, conozco lo suficiente a Murad para suponer que si se organizaba una redada en este tren sería para detenerle a él.

—Me honras mucho, Vedad Bey, si piensas que estoy al frente de los revolucionarios.

—Para conducirlos a una muerte segura.

—No sentiré ninguna pena, ningún remordimiento, si con ello conduzco a todos a la conquista de la libertad... Si supieras lo que está pasando en Turquía, me darías la razón.

Mireille escuchaba en silencio mientras los dos hombres hablaban. Saltaba a la vista que sus ideas eran antagónicas, pero Vedad estaba en plena luna de miel, y en cierto modo le repugnaba delatar a un hombre que se había acogido a su benevolencia, presentándose valientemente ante él. La esposa sentía una rara

simpatía por aquel desconocido que hablaba de libertad y de sacrificar su vida para el bien de su patria. Decidió intervenir.

—Escucha, amor mio, no entiendo nada de política, sólo quiero decirte que te querría mucho más, si gracias a nosotros, no detienen a tu amigo en este tren.

Murad la miró agradecido, y caballerosamente dijo:

—No consentiré jamás que usted ni Vedad Bey se comprometan por mí, voy a saltar del tren inmediatamente.

—No; no saltes ahora, Murad; puesto que mi esposa te ha salvado, me gustaría que te sirviera de algo, que te enmendaras.

—Señora, una promesa no sería de gran utilidad en labios de un hombre que como yo tiene muy pocas probabilidades de salvarse. Esta vez he jugado con suerte, pero ¿ocurrirá siempre esto? No, no me hago ninguna ilusión.

—¡Claro que se salvará usted!—dijo Mireille, satisfecha del resultado de su gestión.

—Si es así, señora, cuente que en Constantinopla tiene un verdadero amigo.

Continuaron el viaje en silencio, y recorridos varios kilómetros, Murad dijo:

—Ahora, al frenar, antes de llegar a la próxima estación, podré saltar sin peligro alguno.

Vedad le ayudó a colocarse al exterior de la ventanilla del departamento y continuó allí para ver el final de la aventura. Había cerrado la noche y nadie asomaba la cabeza en todo el tren. Pasaron unos minutos de verdadera angustia para ambos.

—¿Ha podido saltar bien?—interrogó Mireille, ansiosa.

—¡Sí!

—Te lo agradezco de veras, hubiese sido horrible mi entrada en Turquía delatando a un hombre que habría sido condenado a muerte.

—Lo he hecho por complacerte, y es posible que haya cometido una imprudencia. Murad es un agitador.

—Bueno; ven junto a mí, acércate un poquito más, Vedad—dijo Mireille, abrazando a su esposo—. Empiezo a creer que Turquía no es un país tan tranquilo como me había figurado.

—Tranquilízate, querida, vas a ser muy feliz aquí... ¿Quién llama?

—Van a servir la primera mesa, señor—dijo un camarero del coche restaurante.

—Cenaremos aquí, camarero, pueden servirnos cuando quiera.

—¿Cómo? ¿No vamos al coche restaurante ahora?—preguntó Mireille, sorprendida, por haber comido allí al mediodía.

—Es imposible, amor mío, estamos ya en Turquía, ¿comprendes?

—¿Y qué?

—Que en Turquía una mujer no debe presentarse en público, aunque vaya acompañada de su marido.

—Eso es una idiotez—dijo Mireille, apartándose de Vedad.

—¿Es una tradición?—repuso el marido.

—Sí, como el «bakshich».

—Veo que lo recuerdas y lo has comprendido. ¡No te asomes a la ventanilla, mi vida!

—¿Por qué?

—Verás, porque no llevas puesto un velo. Estás en Oriente, no debes olvidarlo.

—Tengo intención, no obstante, de no recordarlo demasiado.

—contestó la joven, un poco nerviosa.

EN EL HOGAR DE VEDAD BEY

La madre de Vedad era una dama de algunos años, pero muy bien conservada y con un extraordinario don de mando. Ella era la que llevaba la casa desde la muerte de su marido, y la prolongada ausencia de su hijo en París la había hecho todavía más dueña de la situación. Esperaba con anhelo la llegada del hijo y con cierto temor a la nuera. La boda de Vedad con una joven que no era turca la tenía bastante preocupada; pero el cariño que tenía a su hijo le privaba de criticar tan trascendental acto de su vida, sin antes ver al objeto de su amor, del que sólo tenía los más halagüeños informes por parte del interesado.

Todo estaba preparado para la llegada de los recién casados y los salones resplandecientes, luciendo los más bellos tapices y costosas alfombras. El mismo día en que debían llegar, la dueña de la casa recibió la visita del hombre de confianza de Degernarl, el viejo jefe de policía. La embajada de Afir era muy delicada; iba, nada menos, que a pedir la mano de la pequeña Sheila para el jefe de policía. La noticia sorprendió a la madre, dama Safeto, pero se sintió halagada.

—Ese proyecto—dijo—honraría mucho a nuestra familia, pero es mi hijo quien debe decidir, puesto que yo soy viuda y él es su hermano mayor.

—Es muy natural, señora—repuso Afir.

—Espero a Vedad de un momento a otro, diga al honorable Degernarl Pacha, que no se impacienta, se trata de pocos días.

—Como jefe de policía no se impacienta—insistió Afir; sin embargo, Degernarl me pregunta si usted le ha explicado bien en sus cartas, que gracias a su influencia el Sultán hacía regresar a su hijo.

En otra habitación de la suntuosa morada de los Vedad estaba Sheila con su dama de compañía y una doncella.

—Su señora madre podrá contarnos algo—dijo Zemba, la dama de compañía, muerta de curiosidad por saber lo que ocurría en el salón.

—Hemos de procurar no hacer ruido y tal vez podamos enterarnos de algo—dijo la doncella, aplicando el oído a la puerta.

—Díganos al menos qué es lo que hablan—insistió Zemba.

—Yo sé lo que pasa—explicó la bonita Sheila—. Dicen que Degernarl Pacha cuenta los días... hasta que yo... En su harén tiene ya tres mujeres, pero son muy viejas. Hay una que a lo menos tiene veintidós años—suspiró Sheila, que apenas había cumplido los quince.

—¡Qué lástima que no haya venido el mismo Degernarl a pedirnos—dijo Zemba.

—Estoy segura de que debe tener unos grandes bigotes, mucha barriga y que no abandona nunca el revólver—prosiguió Sheila, riéndose de su pretendiente—¿Ha llegado mi hermano?

—En este instante llega—dijo la doncella.

—¿Es verdad que viene con él su primera esposa?—preguntó Sheila.

—Sí, mi señora; acabo de verla.

—¿Cómo es?—preguntó la niña con curiosidad.

Es una extranjera.

Mireille y su marido habían penetrado en el salón donde se encontraba dama Safete instalada como una reina. Se levantó para salir al encuentro de sus hijos; y suegra y nuera al fin se hablaban cara a cara.

—Verdad me ha hablado tanto de su querida madre, que siento una verdadera alegría al poder abrazarla—dijo Mireille, feliz de verdad.

—También yo, querida hija — repuso, correspondiendo al abrazo.

—Debo parecerle terriblemente extranjera, ¿verdad?

—Nada de eso—contestó la madre, dando a sus palabras un tinte de sinceridad.

—Si hay alguna cosa que le choque en mí, dígamelo, desearía tanto que fuésemos buenas amigas.

La madre condujo a sus dos hijos hacia un diván y prosiguió allí la bienvenida.

—Yo me hago cargo de que te costará mucho trabajo amoldarte a nuestras costumbres.

Verdad temió que la conversación no torciera por derroteros difíciles y dijo cariñosamente a su mujer:

—Hemos hecho un viaje muy largo y muy fatigoso, Mireille, será mejor que descanses un rato y ya charlaremos más tarde.

—Yo no estoy cansada—dijo la joven, algo sorprendida.

—Obedece a tu marido, pequeña—observó dama Safete.

—En fin, tal vez tengan razón—dijo Mireille, levantándose para obedecer.

Ya en pie y dispuesta a seguir a su esposo, la dueña de la casa dijo:

—Espero que tendrás la bondad de acordarte de que llevas un nombre que es muy respetado en Constantinopla.

—¡Claro!—exclamó Mireille, asombrada—. ¿Por qué me dice usted esto?

—Mireille, te suplico que subas a tus habitaciones.

—¡Vedad!—dijo su madre—, qué extraño lenguaje. ¿Estás suplicando a tu mujer?

Mireille estaba a punto de estallar, pero se contuvo y solamente interrogó:

—¿Le parecería a usted mejor que me diera órdenes?

—No, mi querida niña... temo que nos vas a encontrar muy atrasados, pero es que en Oriente las costumbres son muy distintas de donde tú vienes.

—Ahora soy yo quien te suplica que me digas dónde están mis habitaciones.

—No faltaría más, Mireille —respondió el marido, un poco alarmado—, y yo iré a reunirme contigo en seguida.

—Gracias, mi vida.

Sheila y su dama de compañía se habían introducido en la habitación de Mireille antes de que ella subiera, y estaban examinando los sombreros que venían con el equipaje. La niña no pudo reprimir el deseo de probarse uno y otro, para mirarse al espejo con ellos.

—Zemba, ¿qué te parecen?

—Estáis muy graciosa.

—Pero, ¿estás segura de que estas cosas se llevan en la cabeza?

—Volved a ponerlos en las cajas tal como estaban, no vayamos a tener algún disgusto.

Entró Mireille en la habitación mientras Sheila tenía todavía un sombrero en la mano y se dió cuenta en seguida de lo que había ocurrido.

—¿Un disgusto? ¿Por qué? Porque me ayudáis a desembalar mis sombreros. Pero si os estoy muy agradecida. Este se lleva mucho más inclinado. Así, ¿ves? —y Mireille se puso el sombrero con mucha gracia.

—Le pido perdón, señora.

—¿Quieres hacer el favor de tutearme y de darme un beso?

—Si tú quieres—contestó Sheila, abrazándola.

—Considero que es una gran suerte tener así de pronto una hermanita tan encantadora.

Vedad se había reunido de nuevo con su madre, y ella aprovechó el momento de estar a solas con él para hablarle del proyecto matrimonial de Degernari Pacha.

—Es el favorito del Sultán...

—Eso qué nos importa. Además, no está en la primera juventud y piensa que Sheila es una niña.

La madre se encogió de hombros.

—Es en ti solamente en quien quiero pensar... vas a necesitar un buen protector, ahora que te has casado con una extranjera. La boda de tu hermana con ese hombre podría solucionar muchas cosas.

—A pesar de ello, te vuelvo a repetir que nada de eso podrá influenciarme. Ese proyecto de boda me disgusta mucho.

—¡Claro! Tú ya eres un extranjero para nosotros.

—No, madre; no es así.

—Hijo mío, conservo bien la vista y veo que a tu regreso, al cabo de siete años, sólo tienes un deseo... esa francesa.

—Es mi esposa y me apena que me hables así.

—No tienes por qué soportarlo. Desde la muerte de tu padre, eres el amo de esta casa y no debes dar importancia a que yo apruebe o no tus actos.

—¡Madre, lo que más me duele, es que nos comprendamos tan poco!

—Afortunadamente has contraído matrimonio con una mujer que te comprende admirablemente... vuelve pronto a su lado.

—Esto es lo que voy a hacer. Hasta ahora, madre.

Las dos cuñadas se comprendían perfectamente y la simpatía había sido mutua.

—Toma, esto para ti—dijo Mireille, ofreciendo una caja de bombones a Sheila.

—¡Ah! Muchas gracias.

—¿Cuántos años tienes, preciosa?

—Tengo catorce años.

—¡Qué extraño!

—¿Me creías más joven? Pues te juro que he cumplido catorce años en noviembre. Pregúntaselo a Zemba.

—No; no es necesario, te creo.

—A pesar de ello, quiero que Zemba te lo diga. ¡Zemba!

—Es verdad, señora, los cumplió el pasado noviembre—dijo la dama de compañía, compareciendo desde la otra habitación.

—No había querido ofenderte, pero te creía mayor.

—Es que si tuviera más de catorce años, ya estaría casada, ¿comprendes?

—No comas tantos bombones, niña—dijo Mireille, separando la caja de chocolatines que la niña atacaba a toda prisa.

Vedad entró en la habitación.

—Esperaba encontrarte sola, Mireille.

—¿No pretenderás que sea yo quien te presente a tu hermana?

—Sí; porque no la hubiese reconocido... Tenía siete años cuando yo marché.

—Has tenido una decepción, Vedad—dijo la niña—; esperabas encontrarme mucho más bonita, estoy segura.

—Eso sería muy difícil—dijo Mireille.

—Deja que él me conteste.

—Tranquillízate, Sheila, es todo lo contrario, es tu belleza, tu lozanía lo que me ha desconcertado, querida hermanita. Nuestra madre te esperaba en el salón, Sheila.

—¿Qué es lo que desea ahora?

—Tiene que decirte algo muy interesante—repuso Vedad con aire preocupado.

—Bien, allá voy, ¿vienes, Zemba?

Salieron de la habitación Sheila y su dama de compañía, y al encontrarse solos, Vedad y Mireille se abrazaron.

—¿Cómo encuentras todo esto?

—Creo que me acostumbraré; pero no sé, todo es tan nuevo para mí. ¿Te acuerdas? Los bulevares, el bosque de Boïonia, la torre Eiffel, nuestros teatros y restaurantes... y de repente rostros herméticos, mujeres tapadas...

—¿Lamentas no encontrarte en París?

—No, mi Vedad, ¿crees que puede faltarme algo estando a tu lado? ¿Has dicho mi habitación?

—He dicho tu habitación. Es así como se habla a las mujeres

en Oriente... Ya que para ellas su habitación es como si dijéramos su reino.

—En Francia me hubieras dicho «nuestro reino».

—La diferencia sólo está en las palabras.

—En efecto, nosotros lo llamaremos un harén.

—Será la habitación donde vendré lo más a menudo posible para reunirme con la mujer que me tiene loco—respondió Vedad, abrazando a su esposa frenéticamente.

—Estoy segura de que me encantará mi habitación cada vez que en ella me hables de ese modo.

Vedad la apartó suavemente y mirándole a los ojos le dijo:

—Quisiera preguntarte una cosa, Mireille. Ahora que sabes dónde vas a vivir, ¿volverías aquí conmigo?

—Escucha, Vedad, no se aprisiona una mujer enamorada; se aprisiona ella sola. Te volvería a seguir y me quedaría prisionera detrás de estas rejas mientras tú estés junto a mí, mientras esté en tu corazón y éste en el mío, y esto puede durar mucho tiempo... mucho. —y Mireille abrazó a su esposo para besarle con todo su corazón.

Una voz lejana, como un silbido, interrumpió el idilio.

—¿Oyes? Llaman a los creyentes a la plegaria—explicó Vedad.

—Yo no soy musulmana y en tu patria no tengo más esperanza que tú—y de nuevo se fundieron los dos corazones en ferviente abrazo.

DEGERNARL PACHA

Sentado en la butaca ante su mesa de trabajo, Degernarl Pacha no era un espectáculo agradable. Había cumplido hacía tiempo los cincuenta años, y ni de joven había sido un hombre guapo. Ahora resultaba un ser repulsivo. La cabeza coronada por un fez que no se quitaba nunca, un traje de levita negra y melenas y barbas que se confundían en su semblante. Estaba escuchando la información que le traía uno de sus agentes.

—Ağis ha sido muerto cuando escapaba, pero Ahmet Çhetel y Kalasardı han sido detenidos—explicó Mahir.

—Todos son revolucionarios de segunda categoría, no tienes por qué envanecerme, perro...

—No me envanezco en absoluto, Excelencia, os lo aseguro.

—¿Y Murad? ¿Cuántas veces he de decirte que primero deseo saber las malas noticias, gusano?

—Os juro, Excelencia, que no ha habido por mi parte ninguna negligencia profesional.

—¡Estás decidido a exasperarme!

—No, Excelencia, nada de eso, sólo deseaba prepararos, he pensado en lo delicado que estáis del corazón.

—Piensas también en tu carrera, Mahir, si yo muero de un ataque, tú habrás terminado...

—Pues bien; veréis, Excelencia, iba en el expreso, pero ha conseguido escapar.

—¿Y has podido volver a Constantinopla y te atreves a decirme cara a cara?—rugió el jefe de policía, poniéndose en pie.

—Vuestro corazón, Excelencia, vuestro corazón...

—¡Nada me importa mi corazón!

—No, no, Excelencia, es preciso que os importe.

—Te digo que nada me importa mi corazón... eres un idiota, un cretino... Hubiera dado mi mano izquierda para ver detenido a Murad. ¿No tienes alguna otra catástrofe para comunicarme?

Un criado interrumpió la tempestuosa conversación.

—Vedad Bey pregunta si puede ser recibido.

—¡Que pase!—ordenó el jefe de policía.

Salió Mahir del despacho de su jefe al entrar Vedad, y le observó con cierta indiscreción. Una vez fuera, se dirigió a un agente que esperaba en la antesala.

—¿Has visto quién viene a visitar a nuestra Excelencia?—preguntó Mahir.

—Sí, Vedad Bey, le conozco.

—A partir de hoy tienes que vigilarlo.

—Tenía entendido que formaría parte del servicio de su Majestad.

—Razón de más para que nos interesemos por él.

Después de los primeros saludos de bienvenida; el jefe de policía se dirigió con aire paternal a Vedad:

—Te he preparado el terreno. Encontrarás al sultán muy bien dispuesto para todas esas ideas modernas, sobre todo si tus amigos están dispuestos a abrir la cartera... a los míos.

—¿Mis amigos?—preguntó Vedad, sorprendido.

—Sí, hombre, las empresas europeas que nos van a instalar el gas, la electricidad y los servicios de higiene... habrán de pensar un poco en nosotros.

—¿De qué modo?—preguntó el joven diplomático, un poco perplejo.

—Vamos, creo que es lo normal. ¿No has convenido nada con esos industriales?

—¡Claro que no!

—Bien; en realidad, esto no tiene ninguna importancia... Yo me ocuparé de estos detalles.

—Por mi parte, no pienso jamás pedirles nada.

—¿Pienzas desempeñar el papel de consejero desinteresado? ¿Desear que el imperio se beneficie de los progresos de la civilización? ¿Quieres ser el reformador de Turquía...? Pues precisamente por esto te he hecho volver de Francia. No tendrás que ocuparte de ninguna cuestión material... solamente proponer tus nuevas ideas a su majestad. Te daré a conocer la hora de tu primera audiencia.

—Le estaré muy reconocido, Degernarl Pacha.

—Vamos, te considero ya de la familia... y para variar de conversación, ¿no podríamos fijar la fecha de mi boda con tu hermana Sheila?

—Permitame, Degernarl Pacha, hay algunos puntos sobre los cuales tenemos que ponernos de acuerdo.

—Estamos ya de acuerdo con lo principal. Me casaré con tu hermana y tú estarás al servicio del sultán.

TRATANDO DE ADAPTARSE

Mireille se encontraba en el salón de su casa hablando con varias jóvenes turcas que habían ido a visitarla.

—Pero entonces, ¿qué hacen las mujeres en París?—preguntó una de ellas.

—Van a pasear por el bosque de Bolonia por las mañanas, de tiendas o a tomar el té por la tarde y al teatro por la noche—explicaba Mireille.

—¿Siempre sin velos?—interrogó otra muy curiosa.

—Sí, naturalmente.

—Entonces, todos los hombres pueden ver su cara. ¡Qué horror!—exclamó una muchachita que era una verdadera belleza.

—¿Horror? ¿Por qué?—preguntó a su vez la francesa.

—Aunque estuviese permitido ir sin velo aquí en Turquía, yo no me acostumaría a ello. Me daría la impresión de ir desnuda—dijo una.

—Y yo, de que robaba algo al hombre que había de ser mi marido—dijo otra.

—Mireille no puede comprenderos—intervino Sheila. ¿No es cierto que mi hermano se casó contigo y ya te había visto la cara?

—Naturalmente, y fué al ver mi semblante que se enamoró de mí. ¿Cómo creéis que un hombre se puede enamorar de una mujer a la que sólo ha visto los ojos?

—Hay tantas maneras de demostrar a un hombre que se es bonita a pesar de los velos—dijo una pequeña coqueta que formaba parte de la reunión.

Entre aquel grupo de mujeres jóvenes no todas eran hermosas y una de las feas también quiso terciar en la conversación:

—Imagínese la alegría del hombre cuando por primera vez nos quitamos el velo en su presencia...

—¿Y cuando se apercibe que se ha enamorado de una facta que tiene la boca torcida y la nariz como Pinocho?—dijo Mireille, riéndose.

—Entonces se casa con la segunda mujer—aclaró Sheila.

Mireille escuchó las palabras de su cuñadita, y sin saber por qué, sintió un extraño malestar.

—¿Es verdad que en París las muchachas bailan en los brazos de los hombres?—preguntó una de las contertullas.

—Sí—respondió la francesa.

—¿Cómo es posible una cosa semejante?

—¡Ah, pues es muy sencillo! Imagínate que yo soy un hombre, elijo a una y me inclino delante de ella. ¿Señorita, tendría usted la amabilidad de concederme este vals? ¿Cómo no, caballero? Con mucho gusto... Levántate, agárrame así, una... dos... ¿lo veis? Una... dos... tres... —y Mireille con una joven turca entre sus brazos les dió una lección de baile a la europea, que entusiasmó a todas las jóvenes turcas.

En el salón, dama Safete recibía dos días más tarde a un enviado de Degernarl.

—Os doy mi bienvenida, Afor; pero venís un poco tarde.

—Es posible que sea un poco tarde, mi respetada señora; pero no con las manos vacías. Degernarl os envía sus respetos y para su prometida este retrato.

—Le estoy muy agradecida. Ve a buscar a Sheila—dijo a una de sus damas.

—Entonces ya podemos felicitarla, dama Safete—dijo otra dama que se hallaba en el salón.

—No puede usted imaginarse cuánto nos alegramos por usted de la boda de su hija con tan alto dignatario—exclamó otra dama.

Sheila apareció acompañada de Mireille, ésta vestida a la europea.

—Sheila, hija mía, ven. Este es tu prometido, Degernarl Pacha.

Mireille fijó los ojos en la fotografía que su suegra mostraba a la niña.

—¡Su prometido! ¡Esto! ¿No irá usted a entregar esta hermosa criatura a ese ridículo y viejo barbudo?

—Te suplico que te calles—dijo dama Safete.

—Pues no pienso hacerlo.

—Mireille, te arrepentirás de estas palabras—prosiguió su suegra, indignada.

—Señora, es usted quien tendrá que arrepentirse de que Sheila contraiga semejante boda. Vamos, niña, ¿qué es lo que esperas para demostrar tu indignación?

—¿Yo?—preguntó la niña, asombrada—. Pero si no estoy indignada, Mireille.

—¿Cómo? ¿No te parece indignante a tu edad sacrificar tu belleza a ese vejestorio?

—A mi edad se obedece... además, Vedad lo quiero así—repuso la niña muy modosamente.

—¿Qué es lo que dices? ¿Vedad está al corriente de este proyecto?—interrogó la francesa sin salir de su asombro.

—Sí, Mireille, y tiene mucha razón. ¿Sabes lo que decimos en Turquía? Vale más ser la última esposa de un viejo Pacha, que la primera de un joven mandigo.

—Esto tiene gracia—contestó la cuñada—. Entonces, ¿no preferirías más bien ser la única esposa de un joven Pacha?

—¡Qué ingenua eres, Mireille! ¿Pero qué es lo que os enseñan en París?

• • •

En su afán para que se llevara a cabo su boda con la pequeña Sheila, Degernari Pacha había puesto en juego toda su influencia para que Vedad fuese recibido por el Sultán y para que éste concediera al joven diplomático un buen cargo dentro del Gobierno.

—¿Estás emocionado, Vedad?—preguntó el jefe de policía a su protegido y futuro cuñado, mientras aguardaba en la antecámara real.

—Un poco, como es natural—contestó el joven.

—Es muy comprensible, antes de ponerse en presencia del monarca más poderoso del mundo, el orgullo de la raza musulmana.

Se acercó un ordenanza palatino.

—Vedad Bey, su majestad se digna recibirlos, venid aquí.

El ordenanza abrió las puertas de un salón y Vedad se encontró en presencia del Sultán.

—Acércate, te digo que te acerques...

Vedad adelantó algunos pasos y haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Presento mis más humildes respetos a vuestra majestad. Me considero indigno de verme en presencia del profeta que ha descendido a la tierra del hombre, cuyo solo nombre...

—Ahórrate las fórmulas de ritual y avanza.

—Obedezco a vuestra muy ilustre, muy respetada grandeza...

—Te he hecho venir para charlar contigo, no para escuchar sandeces.

—Bien, majestad.

—Así, ¿tú eres Vedad Bey?

—El mismo, majestad.

—Tienes un aspecto demasiado honrado para ser amigo de Degeriarl Pacha.

—No acerto a comprender lo que quiere decir vuestra majestad.

—¿Me tomas por una criatura? ¿Crees por casualidad que yo ignoro que ese hombre, ese Degeriarl, me roba tanto, o más que el resto de mis servidores?

—En todo caso, lo que sé, es que yo no os robaré jamás.

—Voy a tener la certeza en seguida. ¿Qué piensan de Turquía en las ciudades de donde ahora vienes?

—Que es un país con dos o tres siglos de retraso, donde reina la corrupción más desvergonzada.

—¿Te das cuenta de que por esa respuesta te hubiera hecho encarcelar cualquier día de mal humor?—dijo el Sultán.

—Me doy perfecta cuenta de ello, señor.

—Tienes suerte de que hoy me han servido un almuerzo que me ha gustado y estoy satisfecho. ¿Dime lo que deseas?

Vedad se sintió aliviado de un peso que le oprimía desde que había entrado en el salón.

—Desearía poder ayudaros a hacer de nuestro maravilloso imperio, un país limpio, adelantado. Me parece que podríamos comenzar por introducir el sistema de escuelas públicas obligatorias, higienizar las casas, instalar gas y electricidad; con ello se beneficiaría nuestro pueblo, que realmente vive muy atrasado.

El joven diplomático, animado por la atención que le prestaba

el sultán, fué exponiéndole todo el plan de reformas que traía en cartera, en cuyo afán le movía su gran patriotismo. El sultán le escuchaba con verdadero interés.

Degernarl aguardaba el final de la audiencia en el vestibulo hablando con sus funcionarios.

—Vedad Bey, con sus consejos, puede procuraros brillantes negocios, os lo aseguro—decía el jefe de policía.

—Con la condición de no perderle de vista—agregó un oficial.

—¡Qué duda cabe! Esto resultaría difícil. Tiene un gran ingenio, pero no acaba de comprender nuestros métodos administrativos—decía el viejo policía guiñando un ojo.

—Entonces, procuremos no enseñárselos demasiado pronto—contestó el oficial.

Vedad continuaba sus explicaciones al sultán con verdadero entusiasmo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que se están burlando indignamente de vos, señor.

—Eso ya lo sé, pero hablabas de perros, ¿qué es lo que les reprochas?

—De hacer que nuestra capital sea el hazmerreir de todo el mundo.

—No me importa en absoluto, encuentro que los perros dan una nota alegre, dan vida a la ciudad. No creo que tengas la pretensión de atacarlos. Además... esa reforma no es posible, aquí los perros son sagrados.

—Si os he de hablar con franqueza, majestad, me gustaría más atacar a los otros perros... a esos de quien he hablado antes.

—Sí, eso es mucho más divertido... vamos a intentarlo.

* * *

Con toda suerte de precauciones y disfraces, Murad había logrado llegar a Constantinopla sin que la policía le hubiese molestado para nada. Dirigió sus pasos a la casa donde trabajaba su hermana, y cuyo propietario simpatizaba con las ideas de los agitadores.

—Akiles—dijo el propietario—tu hermano acaba de llegar—;

y le hizo pasar a la habitación donde se encontraba el perseguido.

—¡Murad!—exclamó abrazándole.

—¿Lo ves? He conseguido volver a escaparme.

—¿Dónde has estado?

—En todas partes donde tenemos amigos—repuso Murad—.

¡Ah! Te aseguro que esta vez me tenían cercado. Resultaba imposible dar un paso sin que me siguiera alguien. Me vi muy apurado, me parecía que al fin tenía que caer en sus manos.

—¿Puede sospechar alguien que te ocultas aquí?—preguntó Akiles temerosa.

—No lo creo, nadie me ha visto entrar... y tú, Akiles, ¿sabes que te estás haciendo célebre? En todos los pueblos se habla de ti... Te llaman la libertadora de las mujeres.

—Allí viene a verte—dijo el propietario anunciando una visita.

—¡Ah! Que pase.

Allí pertenecía a la policía, pero al mismo tiempo estaba al lado de los revolucionarios y resultaba ser un elemento muy interesante para los que estaban al margen de la ley.

—Estoy contento, Murad, de verte de nuevo entre nosotros. Que la bendición de Alá...

—Cubra tu cabeza, ya que en palacio corre más peligro que la mía—dijo Murad.

—Sé bien como protegerla—respondió el confidente—, además, tenemos un nuevo amo.

—¿Cómo? ¿Ha muerto el sultán?

—Todavía no, pero tiene un consejero muy influyente—dijo All dándose cierta importancia.

—¿Degernar?—insinuó Murad.

—No, no, Vedad Bey.

—¿Vedad? ¡Ah, esto no está mal! Fué su mujer la que me salvó en el expreso aquella tarde de peligro. Hermosa muchacha.

—¿Su mujer? Se habla mucho de ella en el harén del sultán. Murad, mi presencia en palacio sigue siendo muy útil para nuestra causa; dispénsame, pero tengo que marcharme ahora.

—Hasta la vista, All, ya sabes por ahora dónde encontrarme. Hay veces en que pienso que la mujer de Vedad Bey debe ser muy desgraciada. Hazte cargo, una joven francesa, de costum-

bres tan distintas... y ahora sola aquí, sin amigos. Akiles, hermana mía, deberías ir a verla y decirle dónde puede encontrarnos en caso de necesitarnos.

—Fria con mucho gusto, pero me parece que no será fácil encontrar un pretexto para hacer tal visita.

—Una mujer siempre sabe encontrar un pretexto—insistió Murad.

Los consejos de Vedad no habían caído en saco roto, y el sultán decidió reunir a cortesanos y funcionarios en una sesión que recordarian todos los días de su vida.

Llegó el día señalado para la reunión y cuando ya se hallaban todos esperando, un servidor anunció la presencia del sultán.

Los cortesanos se inclinaron en profunda reverencia, y uno en nombre de todos, dijo:

—Presentamos a vuestra majestad nuestros más humildes respetos.

—¡Silencio! ¡Señores, estáis divertidos! No soportaré florilegios ni discusiones. Os propongo que confeséis lealmente a cuánto asclenden vuestras malversiones desde que estáis a mi servicio y... que me restituáis la mitad.

—Aseguro a vuestra majestad que somos víctimas de infames calumnias—gimió un funcionario.

—¡Cállate! Os doy a elegir entre diez años de prisión y la plena confiscación de vuestros bienes, o esta restitución por las buenas, que os permitirá conservar vuestros cargos y vuestros honores.

—¡Majestad!—exclamaron los cortesanos en voz de queja.

—¡Atención! Os advierto que se hará una rigurosa encuesta acerca de cada uno de vosotros. Tú, Vedad, serás quien se encargue de ello. ¿Qué es lo que aguardas?—dijo el sultán dirigiéndose a su consejero.

Vedad se adelantó hacia los cortesanos.

—¿Cuánto piensan ustedes reembolsar a su majestad?

—Tendré que consultar mis libros—dijo uno.

—Responde en seguida—dijo el sultán—, no temas robarte un poco. Eso te cambiará...

—Entonces pongamos seiscientas mil libras.

—Os prevengo—dijo Vedad—, que voy a revolver todos los rincones.

—Pues, para mayor seguridad, ponga ochocientas mil libras—se apresuró a declarar el cortesano.

—Ahora a usted, excelencia—dijo Vedad a otro—, y no olvide que ocupa un cargo mucho más importante que su amigo.

—Debo a su majestad un millón seiscientas mil libras.

—Declare su cantidad—continuó Vedad, dirigiéndose a otro.

—En prebendas ilegales, vino y falsificaciones de escrituras, he distraído un millón seiscientas treinta y cuatro mil doscientas cuarenta y ocho libras, y estoy dispuesto a restituir novecientas diez mil novecientas veinticuatro.

—Eres un matemático—exclamó el sultán.

—Soy el más ordenado de vuestros funcionarios, majestad.

—Continúa, amigo Vedad, me has descubierto una mina; explótala a fondo. Muy agradecido, señores...

En voz baja y procurando no ser oídos, los funcionarios hacían comentarios.

—Esos tres imbéciles hubiesen podido dejarse fusilar—dijo uno.

—¡Claro! Antes que confesar que habían estafado un solo céntimo.

—Opino lo mismo que ustedes.

—Después de todo, el sultán hubiese debido pagarnos con más esplendidez.

—Sidirk tiene razón... la honradez es un lujo como cualquier otro... eso se paga.

Aunque las palabras no llegaban hasta el oído de Vedad, adivinaba lo que estaban diciendo por su expresión.

—Vais a pagar todos vuestra inmoralidad y pronto, ¡sin pretender esquivaros! Tengo órdenes del sultán y os garantizo que estoy decidido a ponerlas en práctica.

—Quisiera cambiar impresiones contigo, Vedad—dijo el astuto policía.

—Como usted guste.

—No está nada mal esa historia de la restitución, joven amigo y querido pariente...

—Me alegro que opine usted así...

—Es evidente que si no estuviera en vísperas de convertirme en tu hermano político, todo ello me parecería mucho menos gracioso.

—Pues si yo fuese usted, a pesar de todo, estaría algo menos tranquilo.

—¿Por qué? ¿Qué pretendes decir?

—¡Oh, nada, excelencia!

—Vaya, ya comprendo, estás empeñado en que todos acaten tus órdenes, que seamos tus vasallos.

—Deje, hablemos de otra cosa. Tengo el propósito de ofrecer una fiesta a mis amigos—dijo Vedad—, para celebrar mi nombramiento y entrada en la alta administración. Espero que usted la honrará con su presencia.

EMPIEZA EL MALESTAR

Terminadas las tareas que le retenían en palacio, Vedad regresó a su casa ansioso de reunirse con Mireille, en la que pensaba constantemente en medio de las preocupaciones que le reportaba su nuevo cargo.

—¿Se puede entrar?—dijo el marido, llamando a la puerta de la habitación de su esposa con los nudillos.

—Adelante... buenas noches, Vedad. ¿Qué sucede? Pareces estar muy satisfecho—dijo la joven corriendo a abrazarle.

—¿Si lo estoy? No tienes idea de lo contento que estoy, casi no puedo creerlo. Mírame bien, Mireille, soy el nuevo consejero del sultán.

—Es maravilloso—contestó la esposa, pero no con el entusiasmo que él esperaba.

—Mi querida mujercita, no pareces alegrarte demasiado—dijo Vedad, apoyando la cabecita de su mujer contra su pecho.

—Si, amor mío, pero es que pienso en Sheila.

Vedad también se puso sombrío.

—Ya sé, mi madre me ha dicho que esa boda no te parece bien.

—¿Que no me parece bien? Escucha: es una monstruosidad, y si tú autorizas esta venta repugnante, me decepcionarás mucho...

—No te pongas así, Mireille, me sabe mal...

—Te suplico que no entregues a esa pequeña a Degernarl.

—No puedo prometerte nada, ya veré... reflexionaré. En Oriente somos partidarios de la paciencia y de la astucia.

—Es posible—dijo Mireille indignada—, pero yo no tengo paciencia, y en cuanto a astucia, la encuentro indigna entre gente como nosotros.

El marido se paseaba de arriba a abajo por la habitación, muy contrariado. No esperaba semejante escena.

—Espero demostrarte que mi método es el mejor—dijo al fin.

—Bien, ya lo veremos—repuso Mireille.

Con el propósito de variar de conversación y halagar un poco la vanidad de su mujer, Vedad dijo:

—¡Qué vestido más hermoso llevas! ¿Vas a salir con mi madre?

—No, Vedad, puesto que esta noche recibes a los dignatarios de la corte, quiero recibirlos bien. No puedes imaginarte lo que esto me place; así tendré ocasión de lucir uno de mis hermosos trajes parisinos.

—Lo siento mucho, pequeña; pero tú no puedes asistir a esa fiesta—dijo Vedad, consternado ante la cara que ponía su mujer.

—¿Que no puedo asistir a esa fiesta? ¿Por qué?

—Porque nuestras costumbres se oponen a ello de un modo absoluto. Será una reunión de hombres solos, un acto oficial y aburrido; no te pongas triste, Mireille.

—Al contrario, voy a estar más alegre que un pájaro; la cuestión es que vosotros lo paséis lo mejor posible.

Los salones de la casa de Vedad ofrecían el aspecto de los días de gran gala, que ya habían conocido en vida del padre, y hoy el hijo, siguiendo la tradición de hospitalidad y lujo, los abría de nuevo al empezar su carrera política.

—Amigo mío—dijo uno de los invitados—, estoy encantado de que el Sultán le haya llamado a su lado.

—Agradezco estas palabras, Excelencia, porque las creo sinceras.

—No nos cabe la menor duda de que poseyendo la confianza de su majestad, realizará usted grandes cosas, Vedad Bey—observó otro de los presentes.

—Así lo espero, mi querido director y amigo—decía el anfitrión—; ya he empezado a hacer algunas pequeñas, ¿no se ha enterado usted?

—Sí, sí; ya me lo han dicho.

No faltaba entre los invitados el jefe de policía Degernarl, quien iba de un grupo a otro pulsando la opinión.

—Vedad, tengo entendido que ya has invitado a algunos hombres de negocios europeos para que visiten Turquía—dijo el viejo zorro.

—No hay nada oficial todavía, Excelencia—respondió el joven diplomático.

—Espero que me presentarás a ellos cuando lleguen, ¿verdad?

—Perdone, Excelencia, es preciso que atienda a todos mis invitados. Me siento verdaderamente orgulloso de que los altos funcionarios del imperio hayan aceptado mi invitación—y sin esperar más, Vedad se separó de su futuro cuñado.

El policía quedó observando a Vedad y no pudo evitar este comentario entre dientes:

—Cada día me preocupa más este muchacho—y mirándole de reojo, fué a reunirse con otro grupo de viejos políticos.

Mireille estaba en sus habitaciones con Sheila, la primera vestida con un elegante traje de noche, que su hermanita contemplaba extasiada.

—Ya han llegado los invitados, Mireille.

—¿Sí?—preguntó la otra, un poco nerviosa.

—Según parece, ¿sigues decidida a cometer esa locura?

—Sigo con la misma idea, ya lo ves... Dame mis zapatos azules.

—Creo que no te das cuenta del escándalo que va a provocar tu presencia entre tantos hombres.

—Y sin velos—se atrevió a decir Zemba, que no salía de su asombro ante la nueva elegancia de la esposa de su señor.



La presentación de la joven desposada en el hogar de Vedad Bey.



Mireille se da cuenta por primera vez de que está en Turquía.



Una extraña reunión de familia, donde la madre de Vedad expone su opinión.



En plena luna de miel.



—Siempre te amaré como
ahora, Mireille.

Sheila y Mireille



Sheila, hermana de Verdad.



El jefe de policía da órdenes terminantes para que vigilen a Vedad.



Mireille, cuya dulce expresión cautivó a Vedad Bey.



...El amor a su esposa fue superior a todo cuanto ambicionaba.



La difícil situación de Vedad entre Mireille y Tarkine.



Una reunión en casa del jefe de policía.



—¡ Te amo, Vedad!



Suegra y nuera cara a cara: Oriente y Occidente.



Mirille se presenta a la reunión de políticos vestida a la europea.



Las dos mujeres de Vedad Boy.



El jefe de policía.

—Ya veréis qué bien me desenvuelvo—dijo Mireille, dando los últimos toques a su vestido.

—Tengo miedo por ti de lo que va a pasar—insistió Sheila.

—¿Qué piensas que puede pasarme, mi querida Sheila? Una mujer tiene mucho menos que temer de muchos hombres que de uno solo. Ya aprenderás con el tiempo y procura que sea lo más tarde posible, querida.

Sin pararse a escuchar más consejos, Mireille dió una última mirada al espejo, que reflejó a una mujer encantadora y bajó a la planta donde estaban los salones.

La reunión de hombres estaba muy animada y se formaban corrillos en los que se comentaban las últimas chismografías del harén del sultán.

—No es posible que a la favorita le haya parecido mal—dijo un vejete, riendo de buena gana.

—El sultán se lo dijo él mismo, que se veía obligado a ser galante con las demás mujeres a lo menos cada quince días...

—Tiene mucha gracia todo esto—dijo otro invitado que se había unido al grupo de chismosos y murmuradores.

—Pero ¿de dónde han sacado toda esta información?—interrogó otro curioso.

—A mí me lo ha contado el jefe de los eunucos...

—Entonces no cabe la menor duda de que la historia es auténtica.

—Además ha dicho que ellas estaban muy contentas de que él estuviera con todas en «otro planeta».

Y el viejo que se explicaba prorrumpió en una carcajada que pronto se contagió a todos los que le rodeaban, lo que hace suponer que era algo muy gracioso lo que había dicho.

Cuando los invitados pasaron al comedor, apareció Mireille, cuya belleza deslumbró a lo mejor de la política turca, que en aquel instante se hallaba sentada alrededor de la mesa dispuesta a comer una buena cena. Un silencio sepulcral siguió al parloteo que animaba el comedor. Todos los invitados se incorporaron y Mireille habló:

—¡Buenas noches, señores! Soy la esposa de Vedad Bey—dijo sonriendo graciosamente, con lo que cautivó a todos los que allí

la contemplaban—. Me he presentado yo misma, puesto que mi marido no piensa presentarme a sus amigos.

Vedad se dirigió hacia ella.

—Mireille querida, escucha...

—Te escucharé más tarde, amor mío... por el momento mi deber de ama de casa es atender a los invitados.

—Por favor, Mireille—insistió su marido.

—Más tarde, te lo suplico; por favor, caballeros, siéntense ustedes, y quiero creer que mi presencia no les ha hecho enmudecer.

—Precisamente...—empezó a decir uno de los invitados.

—Sí, señora—dijo Degernarl—, así es... y se lo vamos a explicar, ya que su marido no tiene suficiente energía.

—¿Cómo ha dicho usted?—preguntó Mireille, fijos los ojos en el semblante del jefe de policía, al que reconoció en el acto por la fotografía que había visto en manos de dama Safete.

—Decía que su intrusión en este comedor y vestida tal como viene usted, representa un verdadero ultraje hacia nosotros, hacia nuestras costumbres.

—Mireille, te suplico que me permitas que te acompañe—insistió Vedad.

—No, no; los dos vamos a retirarnos; pero no antes de que Degernarl Pacha sepa lo que pienso de él.

El jefe de policía le lanzó una mirada despreciativa.

—No tengo por qué preocuparme de la opinión de una extranjera.

—Tiene usted razón, Excelencia, mi mujer es extranjera, y no se da cuenta de la importancia de sus palabras.

—Tu mujer es una francesa civilizada y tiene la firme intención de continuar siéndolo. Sí, amor mío; por el contrario, me doy perfecta cuenta y no se marchará sin haberme escuchado.

Degernarl hizo un movimiento como si intentara marcharse.

—Le he ordenado que se quede usted aquí—dijo Mireille.

—Pero... es que no tengo derecho a estar viéndola sin velos.

Mireille sonrió y dijo:

—¿De veras? Es usted quien debería ponérselos.

—¡Calla, Mireille!—exclamó Vedad, temeroso del resultado de todo aquello.

—No sin antes haberle dicho mi modo de pensar a este elegante «dandy» que tiene la pretensión de casarse con Sheila.

—¡Elegante «dandy»! ¡Jamás persona alguna me ha hablado en ese tono y menos una mujer!

Se trataba de un duelo a muerte entre Mireille y el jefe de policía, que no se veía claro cómo acabaría.

—Es realmente absurdo para un hombre como usted, tener veinte mujeres y desear una más sin saber por qué.

—Felizmente para usted no forma parte de ellas.

—Soy de la misma opinión —replicó Mireille, dispuesta a decir la última palabra.

Pero no era Degernarl hombre que se athicara ante nadie, ni ante una mujer tan hermosa y tan audaz como estaba resultando la esposa francesa de Vedad Bey; pero ya llegaría el día en que la haría arrepentirse de su lenguaje.

—Me habían dicho que las francesas eran muy ingeniosas, y ahora me doy cuenta de que además son muy insolentes... no permaneceré en esta casa ni un minuto más.

Decidió ya a marcharse, Mireille quiso todavía darle la puntilla.

—Si por casualidad tuviera usted la feliz idea de romper su compromiso con Sheila, le puedo asegurar que ella no enfermará del corazón.

Esto fué demasiado para Degernarl, y sólo tuvo aliento para exclamar:

—¡Oh!—y sentarse en una silla como si fuese a desvanecerse.

—¿Se siente enfermo? —preguntó Mireille, acercándose—. Razón de más para tomar una mujer menos. Señores, buen apetito, vamos, Vedad...

Marido y mujer salieron del comedor cogidos del brazo, y ella siguió hablando:

—Escucha, marido mío, ¿dónde se ha visto jamás que unos gatos viejos que ya están perdiendo el pelo, ronroneen por unas gatitas encantadoras? Me parece que tus invitados se marchan —dijo Mireille, mirando hacia abajo desde lo alto de la escalera—. Es lo mejor que podían hacer.

Penetraron ambos en las habitaciones de Mireille, y ésta, sonriendo, le dijo:

—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Y todavía me lo preguntas?

—¿Qué quieres que te diga? Hace muchos días que estaba bajo presión y era fatal que estallara.

—Mireille querida, en mi país estas cosas no se perdonan jamás.

—¿Crees tú que me van a cortar la cabeza con un sable muy grande? —y se echó a reír alegremente.

—Haces mal en reírte. Degernarl es malo, es capaz de una venganza terrible, porque tú le has ofendido de veras.

—No podrá hacerme nada; con la protección del sultán, no creo que haya arriesgado gran cosa, así es que...

Vedad cogió a su esposa por la cintura.

—Dime, Mireille, ¿en Francia cómo castiga un hombre a su mujer cuando ésta se ha mostrado insolente con sus amigos?

—Eso depende; si prefiere sus amigos a su mujer, entonces le administra una buena paliza—contestó la esposa, segura de que con Vedad ya había ganado la batalla.

—¿Y si prefiere a su mujer?

—Entonces... —y Mireille rodeó con sus brazos el cuello de su marido pidiéndole con los ojos que la besara.

LA VENGANZA DE DEGERNARL

Cómo y en qué forma llegó la noticia de lo que había ocurrido en casa de Vedad Bey en el harén de Degernarl, no fue fácil de averiguar; pero el caso es que por la mañana, cuando las mujeres del jefe de policía se reunieron en su harén, todas tenían mucho que hablar.

—Dicen que le cantó las verdades—dijo una bastante bonita.

—Eso le va a sentar muy bien a nuestro querido Degernarl

—contestó otra más entradita en años y que sin duda no era la favorita.

—Tal vez se ha exagerado un poco.

—Ni pensarlo, te aseguro que es la pura verdad.

Degernarl entró en la sala muy malhumorado.

—¿Qué es lo que pasa aquí? Os prevengo caritativamente que hoy no soportaré vuestras peleas.

—No nos peleemos, cariño mío—dijo la primera que había hablado, y traído la noticia.

—Es por lo mucho que te queremos, que estamos tan indignadas—dijo otra de las mujeres, mirando amorosamente a aquel viejo esperpentó, más feo todavía que otras veces a causa del disgusto y la ira que le consumía en su afán de vengarse de Mirreille.

—Parece ser que te han insultado, que se han mofado de ti ayer, en casa de los Vedad, mi cielo—susurró a su oído otra de las mujeres.

—¿Fuè la francesa?—preguntó una de nariz respingona, muy bella.

—La esposa de Vedad—contestó otra con aire de estar bien enterada.

El jefe de policía miraba a una y a otra, asombrado de que la noticia, con tanto detalle, ya hubiese llegado, a primera hora, a oídos de todas sus mujeres.

—¿Quién os ha contado todo esto?

—Pues todo el mundo habla de ello, Degernarl. A mí me lo ha explicado la tercera favorita de nuestro sultán—dijo la primera que habla lanzado la información con gran regocijo.

El amo del harén, echando chispas por los ojos, se dirigió a ella.

—¿Y tú lo has escuchado a gusto y sin protestar?

—He protestado, Degernarl, he manifestado mi amor y mi indignación por ti...

—He de hacer una investigación sobre esta protesta... y en cuanto a esa maldita víbora, pagará caros sus insultos, os doy mi palabra a todas, os lo aseguro, y ahora me voy.

Era hora de ir a visitar al sultán, y Degernarl no podía perder más tiempo en su harén. Pidió audiencia y fué recibido.

—Acércate, acércate... Te felicito, tu protegido es verdaderamente genial; debéis saberlo mejor que yo—dijo el sultán, examinando a su jefe de policía.

—No sé a qué os referís, Majestad.

—Sí, tú y tu caja de caudales—insistió el sultán.

Degernarl no estaba dispuesto a que la conversación siguiera aquel derrotero, y sonriendo con toda la gracia de que era capaz, que por cierto era muy poca, dijo

—Estoy orgulloso de haber podido dar a vuestra Majestad un servidor cuya inteligencia y probidad admirables no pueden ser discutidas.

El sultán miró al más despreciable de sus súbditos con cierto recelo.

—Ahora me parece que estás demasiado contento para que yo pueda continuar sintiéndome tranquilo.

—No hay por qué intranquilizarse. Vedad Bey posee innegables cualidades y estoy muy satisfecho de llegar a ser su hermano político dentro de muy poco.

—¡Basta!—exclamó el sultán.

—¡Perdón, señor!

El sultán miró de arriba a abajo a Degernarl.

—Tienes una idea entre las cejas. Dila pronto.

—De veras, Majestad, no tengo ninguna; al contrario, me alegro por Turquía de que vuestro nuevo servidor sea de una rectitud incomparable, siguiendo los consejos de su mujer... que es francesa.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó el sultán, indignado.

—Digo que las reformas que esa parisina le sugiere, serán desde luego una bendición para el país y por consiguiente para vuestra Majestad.

—En resumen, pretendes que de un modo indirecto esta majestad recibe los consejos de una mujer... y de una extranjera. Escucha, no lo soportaré jamás...—gritó el sultán.

—Señor, sirvo en cuerpo y alma a vuestra sublime grandeza, pero no doy con el modo de influir ni de suprimir a esa mujer.

—Porque eres un perfecto inútil y yo voy a enseñarte tu oficio. Seguid.

Recorrieron varias dependencias hasta llegar a las puertas del harén.

Un servidor anunció su presencia.

—¡Su grandeza el Sultán, su grandeza el Sultán...

Salió el jefe de la guardia y prosiguió en la ceremonia de avisar a las mujeres que llegaba su amo y señor.

—Hacia aquí viene vuestro soberano, Solimán IV, emperador de los creyentes, sombra de Alá sobre la tierra, el sucesor del profeta, el maestro de maestros, el elegido entre los elegidos, nuestra grandeza, nuestro rey... a él larga vida, venid a admirar al que es la gloria de la raza de Osmán. Todas vuestras mujeres se sienten particularmente honradas con esta visita cuando el sol está en su plenitud.

—No quiero escuchar más «salamaleses»—exclamó el sultán, cortando la palabra al jefe de ceremonias—. He venido para visitar a mis mujeres, que se agrupen en seguida.

—Como mandéis, señor... Vuestra Majestad sabe que son las más encantadoras, las más bonitas...

—No me son precisos tus comentarios, no creo ser muy digno de lástima...

Se acercó un eunuco y dijo:

—Su Majestad ¿no desea ver de cerca a la nueva caucasiana?

—No te he pedido tu opinión—contestó el sultán.

Las mujeres se habían levantado de los divanes donde estaban descansando y formaron un grupo ante el sultán.

—Esta no está mal—dijo su majestad, mirando a una muy jovencita, de mirada candorosa—. Dispénsame... ya no me acuerdo de tu nombre.

—Me llamo Tarquina, Majestad—dijo la joven, haciendo una reverencia.

—Tienes una voz muy agradable—le dijo el sultán, y la separó de entre todas las demás.

Era tarde cuando Vedad Bey regresó a su casa después de la fatiga de todo el día en palacio.

—Debes estar cansado, hijo mío—dijo dama Safete, al ver llegar a su heredero.

—No estoy cansado—contestó él con naturalidad.

—Cuéntanos lo que has inventado hoy: ¿les has vuelto a hacer revivir una jornada histórica en palacio?—preguntó dama Safete.

—No; he estudiado sencillamente con su majestad los planos de la fábrica que vamos a construir.

—¿No existe ninguna en Constantinopla?—preguntó Mireille.

Cuando su marido le iba a contestar, una sirvienta entró en el salón.

—¿Qué quieres de mí?—preguntó dama Safete.

—Degernarl Pacha desea ser recibido.

—¿Por mí?—preguntó Vedad.

—Por usted y por toda la familia.

La pequeña Sheila, creyendo que la visita del jefe de policía estaría relacionada con ella, dijo:

—Entonces tendré que marcharme.

—¿Por qué, si es tu querido novio?—dijo Mireille con el tono que adoptaba siempre que se trataba de este asunto.

—Vamos, Mireille—dijo dama Safete—, ya debes saber que jamás una mujer turca se deja ver por el que ha de ser su esposo, antes de la boda.

—¡Ah! ¡Habrá deliciosas sorpresas!—prosiguió la francesa, riendo.

—Puesto que no quieres ponerte el velo—dijo dama Safete—, también tú tendrás que marcharte, Mireille.

—Lo siento, querida—dijo Vedad.

—Prefiero mucho más que me trates como a una niña mal educada, que tener que doblegarme a vuestros simulacros, y os dejaré para que recibáis al gran Degernarl Pacha.

Enlazadas por la cintura se retiraron las dos cuñadas, y el jefe de policía fué recibido por Vedad y su madre solamente.

—¡Que Alá os proteja...! He sido enviado por su majestad el sultán, que desea de un modo especial que la insigne prueba de amistad que quiere concederos sea hecha a través de mi persona.

—Os escucho—respondió Vedad, alarmado, sin saber por qué.

—El sultán ha hecho por ti lo que jamás se ha dignado hacer por ninguno de sus dignatarios, ni aun los más ilustres... te ha elegido una segunda esposa.

—¿Qué está usted diciendo?—preguntó Vedad, poniéndose en pie.

—He aquí la licencia imperial que concede legalidad a ese segundo matrimonio.

—Quiero ver al sultán. Deseo tener una audiencia ahora mismo—exclamó, agitado, el joven.

—El deseo de su majestad es que esperes a mañana por la mañana para expresarle tu gratitud... Me ha ordenado que me retirara inmediatamente, después de habértelo comunicado.

Y Degernari, como si no se diera cuenta de la indignación que se reflejaba en el semblante de Vedad, se retiró; mientras una mujer entraba en el salón acompañando a una joven con la cara cubierta por el velo.

—Os presento a Tarquina, Excelencia—dijo la mujer.

La jovencita habló:

—Vedad Bey, juro ser para ti una esposa fiel y abnegada, juro quererte y honrarte hasta exhalar mi último suspiro.

Vedad recorrió el salón de un extremo a otro.

—No consentiré que esta mujer permanezca en mi casa, tiene que llevársela.

Zemba, situada detrás de una celosía, vigilaba el coche de Degernari, situado delante de la casa.

—La visita ya ha terminado—dijo—, su excelencia acaba de subir a su carruaje.

—¡Viva la alegría! ¡Abajo los hombres feos!—exclamó Mirette, sin sospechar lo que le aguardaba.

Mientras tanto, en el salón, dama Safete procuraba calmar a su hijo.

—El sultán no te perdonaría jamás la ofensa de que rechazaras la mujer que él te ha elegido.

—¡Qué importa! ¡Soportaré cualquier castigo que me imponga!

—Serás desterrado, destruido, embargarán todos tus bienes

—iba detallando dama Safete, acentuando todas las palabras para impresionar a su hijo.

—Lo soportaré todo.

Tarquina escuchaba tranquila esta conversación, tan poco halagadora para ella.

—¿Me permites hablar?—dijo la joven con su agradable vocecita.

—Claro que te lo permite—dijo la madre, satisfecha de la ayuda que le podía prestar la intervención de su nueva nuera.

—Ya sé que has traído de París una esposa que me odiará, pero yo haré lo posible para que me quiera y pienso conseguirlo.

Sheila y Mireille, sabiendo que Degernarl se había marchado, reaparecieron en el salón. La primera había cogido toda la frase de su segunda cuñada, y más conocedora de las costumbres de su país que la francesa, adivinó de lo que se trataba.

—No estoy muy segura de que la conquistes—dijo Sheila.

—Cállate, hija mía—dijo su madre.

Mireille se dió cuenta de la visitante, y no atinando en quién pudiera ser, preguntó:

—Pero, en fin, ¿qué es lo que pasa?

Vedad se acercó a ella y la abrazó:

—Creo que tenías razón al considerarnos unos bárbaros.

—¿Pero, qué te sucede?—insistió preguntando al ver el semblante demudado de su marido.

—Me sucede que esta mujer que ves aquí... es un regalo que acabo de recibir del sultán.

—¿Y esto te disgusta?

—El sultán me ofrece esa mujer...—y Vedad no sabía cómo acabar la frase.

—¿Para qué? ¿Como sirvienta? Es un obsequio delicioso—dijo Mireille en un tono que parecía completamente indiferente.

—¡Como esposa!—dijo al fin Vedad.

—No acierto a comprenderte.

—No aciertas a comprender que, sin consultarme, el sultán me haya otorgado una segunda esposa legítima.

Al fin comprendió Mireille la monstruosidad.

—¡Pero eso es grotesco!

—Es precisamente lo que mis amigos esperaban, ponerme en ridículo y someterme a un escándalo que me obligaría a dimitir mi cargo.

—Mireille—dijo dama Safete—, si quieres a mi hijo, no permitirás que caiga en semejante trampa.

—Mamá—dijo Vedad—, te suplico que no intervengas en este asunto.

—Mamá tiene razón—dijo Sheila—. Mireille, tienes que comprender lo que arriesgas si repudias a esta joven esposa.

—Si es que no te detienen para responder de tu ofensa al sultán.

Mireille observaba a uno y a otro, creyendo que estaba sufriendo una enorme pesadilla.

—Entonces, ¿qué esperan de mí?

—Que no nos condenes a la ruina... Os suplico a los dos que aceptéis a esta segunda esposa.

—Es decir, que tolere que Vedad tenga otra mujer.

—A que lo toleres para los extraños, para la servidumbre, sí—dijo la madre, que tomaba una parte activísima en la cuestión.

—Pero tendré que soportar que esté aquí a todas horas, ¿que viva con nosotros?

—Creo que no te das perfecta cuenta de lo que pides a Mireille, mamá—dijo Vedad.

—Jamás me será posible vivir así—exclamó la francesa—, sería muy superior a mis fuerzas. Tendría la impresión de rebajarme de una manera increíble porque por encima de todo estoy enamorada de mi marido.

—Está muy bien—dijo la madre—, mi hijo es rico y poderoso, y ahora tu amor va a hacer de él un miserable.

—Señora—dijo Mireille, dirigiéndose a su suegra—, supongo que no va a decirme usted que yo tengo la culpa de que en Turquía vivan con un retraso de diez siglos.

—Tranquilízate, Mireille, aun cuando te obligasen a aceptar esta humillación, eso no cambiaría en nada nuestro amor.

—¿Que no cambiaría nada?—exclamó Mireille.

—¡Te lo juro!

—No es posible.

Dama Safete todavía no se daba por vencida.

—Piensa que será la ruina de todos... la de Sheila.

—¿Sheila? ¿Por qué?—preguntó su cuñada.

—En Turquía no se perdona jamás a los que han ofendido al sultán... Nos habrás perdido a todos.

—Entonces, por tener prejuicios europeos, ¿cree usted que voy a causar su ruina y la de Sheila?

—Sí, Mireille—dijo la madre.

—Así, es que no tengo derecho a...

—¿Debo comprender que piensas resignarte?

—¿A que esa mujer pase por ser la segunda esposa de Vedad? Tengo, no sé por qué... la impresión de estar soñando... Sea, pero no me pida nunca más que tenga para usted la menor consideración.

—Me obligas a rechazar tu sacrificio, Mireille—dijo Vedad.

—¿Por qué?

—Yo no puedo aceptarlo si no sé que nuestro amor sigue intacto, que respetarás a mi madre...

—Seguirá intacto, puesto que me has jurado que esa esposa no será jamás tu mujer... ¿Lo oyes tu? ¿Por qué no dices nada?

—dijo Mireille a voz en grito, dirigiéndose a Tarquina.

—No tengo voz ni voto, soy un objeto regalado... y además, creo que si hubiese hablado no me habrías aceptado más fácilmente.

¡EN GUARDIA!

Unos días más tarde, Mireille estaba en su habitación y con ella Sheila, si no resignada, cuando menos tolerante hacia aquella segunda esposa que se había interpuesto en su camino, tan inesperadamente. Una echadora de cartas había ido a la casa y sólo por pasar el rato, la hicieron entrar en la habitación de las jóvenes señoras.

La adivina iba colocando sus cartas y miró a Sheila, que observaba curiosa aquellos manejos.

—No me atrevo a confiarle un secreto—dijo la pitonisa.

—¿Por qué?—preguntó Sheila.

—Enséñame la lengua... es demasiado larga, te dedicarás a contar todo lo que dicen las cartas.

—¿Qué es lo que dicen?—preguntó, curiosa, la niña.

—Un hombre moreno se ve amenazado por sus enemigos...

—¡Ese hombre moreno es mi hermano Vedad!

—Yo no he hablado de Vedad Bey.

Mirka, la doncella, también miraba e intervenía en la cuestión.

—Antes has dicho tú: «un viejo malvado, pero muy importante, quiere vengarse de una extranjera...»

—¡Cállate!—dijo la adivina—. Tú también eres muy parlanchina.

—La extranjera es mi primera amita—dijo Mirka.

—Las cartas hablan de mí—dijo Mireille—. ¿Qué es lo que dicen?

La mujer que había entrado en la casa con el pretexto de decir la buenaventura, no era otra que Akiles, la hermana de Murad.

—Si desea conocer el porvenir, señora—dijo Akiles—, yo puedo confiarle un secreto.

—¿Un secreto?—preguntó, alarmada.

—Separémonos de las jovencitas.

Mireille llevó a Akiles a un rincón del gabinete y se sentaron cara a cara. La mujer, manejando las cartas, como si realmente las consultara, hablaba a Mireille en voz baja.

—Se trata de un secreto que la pondrá en guardia contra los que le desean mal y le demostraré quiénes son sus amigos.

—Veamos, pero prefiero advertirle desde ahora que yo no creo en brujerías.

—No se preocupe, vengo enviada de un hombre—prosiguió Akiles—, a quien usted salvó la vida.

—¿Un hombre a quien yo salvé la vida?

—Ese hombre se llama Murad.

—¡Ah!—exclamó Mireille, que ya había olvidado el accidente.

—Si algún día le son necesarios sus servicios, hágale llegar un aviso y él se pondrá a su disposición.

—Pero es que piensa que...

—Hable más bajo... Si nos oyeran, yo estaría perdida. Escúchome bien, si necesita a Murad, le encontrará en la tienda del anticuario Hank Effendi... en el gran bazar... tome esta tarjeta, ha de serle muy útil. No tendrá más que presentarla para verle.

Mireille miraba las cartas.

—Una dama, un rey... y ahora otro rey... sin embargo el juego de las cartas debería tener más damas que reyes en este país...

Tarquina entró en el gabinete y Mireille lanzó una exclamación.

—¡Ah! ¿Pero qué es lo que haces? Cada vez regresas más tarde.

—Es verdad—contestó la segunda esposa.

—No te he dado permiso para hablar—dijo Mireille.

—Perdón—dijo Tarquina.

—Y además—prosiguió Mireille—, no pongas esa cara de mártir, ¿tratas de exasperarme para que te haga una nueva escena?

—No—respondió la joven.

—Mentirosa—dijo Mireille.

—Sólo pienso en tu felicidad y en la de Vedad.

—Esto no es verdad, si desearas mi felicidad te marcharías a cualquier parte. Vedad jamás consentirá en tener otra mujer que no sea yo, ¿lo oyes? ¡Jamás!

—No te exasperes, Mireille—dijo Tarquina—; no grites.

—Pues gritaré tanto como me plazca, yo no pertenezco a tu raza de esclavos, una mujer blanca no es la sirvienta de un hombre... es más bien su dueña; pero no, en realidad, no valgo mucho más que tú... Yo también soy una esclava...

Tarquina tenía un temperamento agradable, y conocedora de cómo había ido a parar a casa de Vedad Bey, hacía todo lo posible para evitar escenas con la primera esposa, pero ésta no podía resistir su presencia y estallaba a la más pequeña cosa.

—Cuidado... te lo suplico, Mireille, por nuestro amo, no olvides que has de estar amable conmigo ante la servidumbre.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!—dijo Tarquina.

—El amo acaba de llegar—anunció Zemba.

—Estos polvos más oscuros te sientan mucho mejor—dijo Tarquina en tono muy dulce.

—Te agradezco mucho que me lo digas, preciosa—contestó Mireille, fingiendo ante la criada.

—Y además haces muy bien en depilarte las cejas... Te da un aspecto mucho más suave.

—¿Por qué, Tarquina? ¿Es que antes no tenía un aspecto agradable?

—Claro que sí... Tú has sido siempre muy dulce y muy buena conmigo.

Vedad entró en el gabinete.

—Buenas noches.

—Que Alá te proteja siempre, Vedad—dijo Tarquina.

—Me ha hecho mucha falta esta tarde. ¿Qué día, hijas de mi vida!

—¿Todo está a su gusto, mi amo?—preguntó Zemba.

—Sí, sí, todo está perfecto aquí—repuso el señor de la casa.

—Ahora ya puedo darte las buenas noches, amor mío—dijo Mireille.

—Eres hermosa, te quiero, tú lo sabes...

—También yo te quiero, Vedad. En el fondo no está del todo mal que yo tenga que representar esta comedia para tener derecho a quererte.

—Por fin, es la primera vez que reconoces que la presencia de Tarquina te parece beneficiosa.

Mireille se apartó de su esposa.

—¿Te atreves a pronunciar su nombre a pesar de lo convenido?

—Y me atrevo a afirmar que es injusto obligarla a comer siempre sola como una mendiga.

—¿Puede que te parezca que no está bastante cerca de ti? Siéntala en tus rodillas—exclamó Mireille, exaltándose.

—No seas ridícula, Mireille, los celos son un defecto de Occidente, aquí repartimos la felicidad.

—A partir de este instante, no pienso tolerar ni siquiera que nos mire cuando estemos juntos.

—Vas demasiado lejos, Mireille... Ven a sentarte a nuestro lado, Tarquina.

—Es perfecto—dijo la primera esposa, levantándose.

—¿Adónde vas?

—A reunirme con Sheila, por lo menos es más normal estar con una cuñada...

—Vamos, Mireille...—dijo Vedad, intentando hacerla desistir de su marcha a otra habitación.

—¿Necesita usted algo, mi amita primera?

—¡Primera! ¡Estupendo! Pronto distribuirán números—y Mireille salió del gabinete, dejando solos a su marido y a Tarquina.

—No tienes por qué enfadarte—dijo la segunda esposa—; Mireille es una criatura.

—Que sólo tiene cinco años más que tú—agregó Vedad.

—Pero como que es francesa, hay que considerarla diez años más joven que yo—dijo, mirando a Vedad cariñosamente.

—¿Qué estás mirando?

—Te miro... ya que por una vez me está permitido.

—¿No te habrán mandado aquí para espiarne?

—Naturalmente, entrego mi informe cada semana a la gobernanta de palacio.

—Y dime, ¿qué es lo que dices en tus informes?

—Que eres el fiel servidor del sultán.

—Como es verdad... ¿y qué más?

—Pues... añadido que de veras eres mi marido.

—¿Por qué te crees obligada a mentir sobre este asunto?

—¡Con la esperanza de que algún día se convierta en realidad!

Mireille había llegado al gabinete de Sheila, donde ésta se estaba probando un vestido.

—¿Te gusta?—preguntó la niña.

—Sí—contestó la joven esposa.

—Pero si ni siquiera lo has mirado. Estás triste, Mireille...

¡Ah! Lo comprendo muy bien, tú no eres una mujer como nosotras.

—Yo soy una mujer como todas, una mujer que había soñado con ser dichosa al lado de su marido.

—Para nosotras, Mireille, la felicidad es ser de vez en cuando la favorita... y tú quisieras ser siempre la favorita de Vedad.

—En mi país las mujeres dejan elegir a su corazón y un corazón no puede repartirse.

—Pues los hombres allí no deben divertirse mucho—dijo la pequeña Sheila.

—Me estoy preguntando ¿por qué te hablo de estas cosas? En el fondo es posible que estés contenta de casarte con Degernarl Pacha. Hasta puede ser que le ames.

—Todavía no; esto te lo diré cuando ya sea su mujer.

—Al menos eres franca, Sheila; eres la única persona que echaré de menos.

—¿No habrás pensado marcharte? ¿Di? Vedad sufriría mucho, porque él te ama, y si te marchas es que no le quieres.

—En Occidente a veces nos separamos por queremos demasiado.

En el despacho de Degernarl, el agente Mahir daba su parte oficial.

—El lunes, Vedad Bey regresó a las ocho de la noche. Estaba fatigado, no habló del Gobierno y permaneció en el harén hasta más de las diez.

—¡Calla! ¡Calla!—gritó Degernarl—. ¿Crees que me interesa saber a qué horas ha comido Vedad, cuántas ha dormido? Vete al diablo. Esa Tarquina o bien es una imbécil o bien se divierte con nosotros. Tienes que comprender, idiota, que lo que necesito tener son pruebas contra Vedad, no su panegírico.

—Lo sé, Excelencia.

—Tú no sabes nada. Según estos informes, Vedad es adicto al sultán, y si esto continúa como hasta ahora, será el fin de nosotros. ¿Y la extranjera sigue portándose como un corderito?

—Exactamente, Excelencia.

—Pues no puedo comprender qué es lo que pasa—dijo el jefe de policía, completamente fuera de sí.

HORAS AMARGAS

Mireille se había retirado a las habitaciones de Sheila, y Vedad permanecía solo en el gabinete donde poco antes estaban las dos mujeres. Se abrió una puerta y apareció Tarquina.

—Estaba seguro de que vendrías—dijo Vedad, haciéndola sentar a su lado.

—Sí; pero no me atrevía a concebir esperanzas.

—Te tengo que pedir perdón por todo el mal que Mireille te está haciendo, sin querer.

—No tiene importancia. Tú la quieres, ¿verdad?

—¿Qué crees tú?

—Estoy segura de ello.

—Y esto no disminuye para nada...

—¿El amor que siento por ti? No, en nada.

Unos días después Mireille se encontraba en el vestíbulo de la casa con su suegra.

—¡Gracias a Dios que ha terminado el Carnaval! Ya se puede respirar.

—Ahórranos tus eternos comentarios sobre nuestras costumbres—dijo dama Safete, que ya pocos cumplidos gastaba con su nuera extranjera.

—Bien, mamá política.

Zemba estaba allí presente y Mireille se dirigió a ella.

—¿Mi amo y señor sigue de mal humor?

—Señora, no puedo decirlo.

—En Turquía—dijo dama Safete—, no es costumbre consultar a las sirvientas sobre el humor del marido.

—Y en Francia tampoco—contestó Mireille—. ¡Buenas noches!

La primera esposa se dirigió a la habitación donde estaban Vedad y Tarquina. Aunque esperaba encontrarlos allí, no pudo reprimir un escalofrío de asco e indignación.

—¿Te ha divertido el paseo, Mireille?—preguntó Vedad.

—Eres demasiado amable de preocuparte por mí.

—Estoy segura de que Vedad te ama, Mireille—dijo Tarquina.

—Entonces ve a dar una vueltecita por la casa, para que tenga ocasión de decírmelo.

—No, Mireille; es preciso que te acostumbres a reconocer que Tarquina tiene los mismos derechos que tú.

—Me gustaría saber qué te mueve ahora, de repente, a hacerme esta recomendación. ¿Es que te he hecho una pregunta concreta?

—Si me preguntaras si Tarquina es mi mujer, te respondería que lo es, exactamente como tú lo eres.

—¿Ahora te lo pregunto!

—Sí, Mireille, lo es, y te respondo con toda lealtad.

La joven francesa se estremeció de pies a cabeza y dió unos pasos hacia atrás.

—No te acerques a mí, Vedad; adiós.

El instinto de su marido fué levantarse para seguirla y evitar que se marchara, pero Tarquina le hizo prisionero en sus brazos y él se dejó vencer.

—¡Déjala, Vedad! Ya se calmará!—dijo la segunda esposa, viendo que así el campo quedaba ahora libre para ella.

—Tú no puedes comprenderla... no debo dejarla sola en estas circunstancias.

En un momento de desesperación, Mireille se cubrió con los velos y se lanzó a la calle. No sabía exactamente dónde debía ir. Conservaba en sus manos la tarjeta que le había dado Akifés y sólo pensaba en llegar hasta donde estaba Murad para pedirle que le sacara de Turquía cuanto antes.

Indecisa, sin saber bien las calles, se acercó a un grupo de hombres.

—Perdonen, ¿tendrían la bondad de decirme dónde está el Gran Bazar?

—Cruce el puente y tuerza a la derecha.

Vedad había logrado libertarse de los abrazos de Tarquina y recorrió toda la planta baja de la casa buscando a Mireille.

—¡Mirka! ¡Zemba! ¿Dónde está la primera señora? ¡Con-
testadme!

—Nuestra primera señora no está en su habitación; ha salido,
Excelencia

—¡Corred inmediatamente a su encuentro, buscadla por las
calles y traedla aquí... ¿No me habéis comprendido? Si dentro de
una hora no ha aparecido, os despido a todas.

Mireille había logrado encontrar el bazar y se dirigió al pro-
pietario.

—¿Qué desea usted, señora?

—Ver a Murad—dijo, mostrando la tarjeta que le había de-
jado Akiles.

—Aguarde un instante.

Se introdujo el propietario en unas habitaciones donde Murad
permanecía escondido.

—Hay una mujer que desea verle, me ha mostrado una tar-
jeta vuestra.

—Hacedla pasar.

Mireille entró en la habitación y en seguida reconoció al hom-
bre cuya vida había salvado en el tren.

—Encantado de volver a verla, señora, ¿Quiere pasar por aquí?
Dispense que la reciba en este cuchitril.

—No tiene ninguna importancia—dijo Mireille, muy nerviosa.

—Desde luego, es un lugar seguro, donde nadie podrá es-
cucharnos.

—Me ha dicho usted que puedo tenerle plena confianza...

—Como en el más fiel de sus amigos.

—¿Puede usted proporcionarme el medio de salir de este país
esta misma noche?

—¿Esta misma noche?

—¡Sí!

—Sea, yo mismo la acompañaré hasta la frontera.

—Pero acompañarme usted... es poner en riesgo su vida.

—Ya estoy acostumbrado, la arriesgo todos los días. Además,
se la debo a usted, gracias a su bondad, la conservo todavía.

—No, no, fué Vedad quien le ayudó a escapar.

—¿Cree usted que podía él aquel día entregarme, sin desme-

recer ante sus ojos? Lo que no comprendo es que Vedad haya preferido obedecer al sultán y dejarla marchar. ¡Quien no se sacrifica por la mujer amada, es indigno de ser amado! Es un proverbio de Occidente, no lo he inventado yo para esta ocasión, puede creerme.

—No aceptaré su ayuda, si no me promete que no arriesga su vida.

—No se preocupe... Cumpló con un deber, como lo cumpliría cualquiera que estuviese en mi lugar.

—Fue una idea feliz el enviarme a esa echadora de cartas.

—Sabía perfectamente que una mujer como usted no podía vivir en un harén... Sin embargo, ha permanecido usted más tiempo del que yo creía.

—Porque estoy enamorada de Vedad.

—Bien, puesto que desea partir esta noche, voy a prepararlo todo.

El agente Mahir irrumpió en el despacho de su jefe para comunicarle la gran noticia.

—Excelencia, la primera esposa de Vedad Bey ha huído de su casa.

—¡Por fin!—exclamó Degernar!

—Su marido anda loco buscándola por todas partes.

—Y tú aquí, perdiendo el tiempo. Si esa mujer se te escapa, haré que te corten la cabeza.

—Esa mujer no se me escapará, ya he tomado mis precauciones.

—Entonces que se presente aquí inmediatamente. Trabaja con toda la discreción de que eres capaz.

Murad regresó adonde había dejado a Mireille.

—Señora, acabo de tomar todas las disposiciones necesarias. Usted irá sola a la estación... sería demasiado expuesto que yo la acompañara. Nos encontraremos esta noche en el tren y todo está arreglado para que mañana se encuentre al otro lado de la frontera.

La policía estaba vigilando el bazar y el propio Mahir hizo la diligencia. Murad, acostumbrado a estos lances, huyó en cuanto

escuchó voces forasteras en la puerta y sólo tuvo tiempo de decir a Mireille:

—No se mueva.

Mahir gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Dónde está esa mujer?

—Pero si le juro que...—exclamaba el propietario.

—Basta de conversación. La han visto entrar en esta casa, y si no la encontramos te fusilaremos inmediatamente.

El propietario dejó el paso libre y un instante después Mahir estaba ante Mireille.

—Tengo orden de detenerla, señora.

—¿Orden de quién?

—De su excelencia Degernarl Pacha, jefe de policía.

Diez minutos después Mireille estaba en el despacho de su enemigo mortal.

Degernarl miró a su víctima más que satisfecho. Había logrado acorralar a la mujer que había osado burlarse de él ante todos los políticos de Turquía, y ahora la tenía en su poder y haría con ella lo que quisiera, pues no la consideraba más que una vil espía al servicio de Murad. Que no era así, bien lo sabía la pobre Mireille; pero las apariencias la condenaban y no le tocaba más remedio que callar.

—Buenas noches, señora, acérquese—dijo el jefe de policía, y dirigiéndose a Mahir, añadió en tono todavía más severo—: Vas a continuar tus pesquisas, y si no me traes a Murad, vivo o muerto, te mandaré coser dentro de un saco... y ya sabes lo que esto quiere decir.

—Está bien, Excelencia.

—Y elegiré para ti el lugar del Bósforo, que tiene más profundidad.

—Será para mí un verdadero honor, Excelencia—respondió el agente, haciendo una reverencia y saliendo del despacho.

Degernarl volvió entonces su atención a Mireille.

—Avance, por favor... Hoy me parece usted mucho menos audaz, pero aquí no es preciso cubrirse con un velo.

—¿Qué quiere usted de mí?—preguntó Mireille en el mismo tono con que había hablado al jefe de policía en su casa.

—¿Qué es lo que quiero? Pues continuar la conversación que habíamos empezado amistosamente.

—Déjeme marchar... siento hacia usted el más profundo desprecio.

—En cambio, yo, es todo lo contrario, siento por usted una gran simpatía, y esto es lo que me ha obligado a hacerla detener.

—¿Por simpatía?

—Sí; me sería muy penoso verla decapitar.

—Si me ha hecho usted venir aquí para interrogarme, prefiero decirle desde este momento que no espere sonsacarme nada.

—Sin duda, señora, deseaba simplemente saber qué es lo que fué usted a hacer de noche en casa de un peligroso revolucionario.

—No tengo por qué responder.

—Quizá no tenga que decirme tampoco que estaba de acuerdo con Murad y que está complicada en un complot contra el sultán...

—Esto es falso! Conocí a Murad por casualidad y me he refugiado en su casa.

—No se apresure a suministrarnos excusas, ya encontrará otras mejores mientras la conducen a presencia del sultán. A su majestad le gustan mucho las mujeres y las manda decapitar con mucha elegancia.

Quando la policía detuvo a Mireille, creyó que Murad estaría también en la casa; pero no fué así, porque él había salido para preparar la huida de la francesa, y esto le salvó nuevamente de caer en manos de sus perseguidores.

Al regresar de nuevo al bazar, se dió cuenta en seguida de que había ocurrido algo grave, y su hermana Akiles, que estaba rondando la calle, le puso al corriente en pocas palabras, dándole cuenta de la detención de la infeliz Mireille.

—Bien, hermana; tú continúa por aquí y evita que ninguno de los nuestros se aproxime al bazar, pues lo detendrían. Yo ya procuraré esconderme en alguna otra parte.

—Está bien, hermano, y que tengas mucha suerte.

Los trabajos para la instalación de la electricidad en Constantinopla eran lo primero que había querido hacer Vedad, e in-

cluso habían llegado obreros franceses para tender las líneas. Se trabajaba con verdadera fiebre, de día y de noche, pues se tenía intención de dar una sorpresa al sultán encendiendo las luces de palacio sin él saberlo.

—Precisamente en aquella noche fatídica en que Vedad no sabía dónde se encontraba su esposa, estaba planeado hacer las primeras pruebas del iluminado.

Los obreros trabajaban sin descanso.

—¿Ya está todo?—preguntó uno de los encargados.

—Todavía falta algo.

—Pues activar, que esta misma noche hay que encender.

El trabajo no privaba a los obreros de hacer sus bromitas, y a uno se le ocurrió algo que no pudo menos que comunicarlo a su compañero más próximo:

—Oye, tú, cuando empecemos a hacer instalaciones en los harenes, resultará muy divertido.

—Te diré, amigo; me parece que este país no es de lo más alegres; no hago más que ver a la policía deteniendo gente.

—Están muy atrasados en este pueblo... Mira que hacernos venir de París para instalar la electricidad y trabajar día y noche... están locos.

—Parece que quieren dar una sorpresa al sultán.

—Sí; debe ser cosa de ese gran tipo que se ha casado con una francesa. Bueno, a ver si ya se puede dar la corriente y acabamos la jornada de esta noche. A comprobar si funciona.

Cuando Degernarl llegó a palacio para dar cuenta al sultán de las gestiones realizadas durante aquella noche, fué en el preciso instante en que se hacían las pruebas del iluminado.

El sultán se hallaba en sus salones y al encenderse por sí solas las luces eléctricas creyó que era cosa del diablo y empezó a gritar como un loco:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¿Quién está aquí?

—Majestad, soy yo—dijo el jefe de policía, presentándose ante su soberano—, Degernarl Pacha, el más humilde de vuestros servidores.

—Degernarl... ¿no vas a permitir que me estrangulen?—dijo

el sultán, temblando de miedo—. Te he colmado de honores, eres mi amigo...

—No tengáis miedo, señor; nadie piensa atentar contra vuestra vida.

—Entonces, ¿son los demonios los que han encendido estas luces? Han venido aquí con el azufre y yo he disparado contra ellos.

—¿Vuestra Majestad no sabe que están instalando la electricidad en Constantinopla?

—¿La electricidad?

—Sí; siguiendo instrucciones de Vedad Bey.

—¿Tu protegido?

—A pesar de haber sido mi protegido, he de reconocer...

—Que ha organizado un complot contra mí... con el pretexto de hacer reformas. Pero, ¿no fuiste tú quien me lo presentó?

—En efecto; pero ya sabéis que la seguridad de vuestra Majestad es superior a toda otra cosa; así es que ya he echado por tierra todos los proyectos revolucionarios.

—¿Vas a decirme sin lugar a duda que ya has hecho detener a Vedad?

—No; pero he asegurado a su mujer.

—¿Por qué a su mujer?

—La han detenido en casa de Murad, siguiendo órdenes mías.

—¡Ella en casa de Murad! Entonces ha sido ella quien ha arrastrado a su marido.

—Esto es lo que yo creo, asintió el astuto policía.

—¿Dónde está? ¡Quiero verla!

—He prevenido los deseos de vuestra Majestad y la tengo en mi despacho.

—Ve a buscarla y da las oportunas órdenes para que me traigan a Vedad inmediatamente.

MIREILLE EN PELIGRO

En la mansión de los Vedad todos estaban enterados de que Mireille había huido y que su esposo había mandado a la servidumbre en su busca. Vedad Bey aguardaba ansioso en el vestíbulo para ser el primero en recibir la noticia que fuese. Una de las sirvientas regresó sola.

—¿Qué hay?—preguntó ansioso el marido.

—Nada, Excelencia, nada; nuestra ama no ha sido vista en ninguna parte.

—Dama Safete apareció en el vestíbulo.

—¡Vedad!—llamó, dirigiéndose a su hijo.

—¿Qué, mamá?

—Déjame decirte que tu actitud no es digna de ti.

—Me es completamente igual. Ya sé que te alegras de la desaparición de Mireille, y tú has hecho mucho para provocarla, con tu conducta.

—Dejo que seas injusto conmigo, abrumame con tus reproches, no tiene importancia.

—Te reprocho por haber odiado siempre a Mireille y por no haberte dado cuenta de que me has hecho desgraciado.

—Si Mireille hubiese sido digna de llevar tu nombre, lo hubiese soportado todo.

—Al marcharse, ha demostrado que me amaba.

—¿Y la acogerás en mi casa, si es que vuelve?

—Naturalmente, porque la quiero.

—¿No vas a preocuparte de nuestra situación? ¿De tu cargo al servicio del sultán?

—Todo me tiene sin cuidado.

—No, no, hijo mío; no puedo creer que renuncies al cargo que estás desempeñando en Turquía, para dar satisfacción a una extranjera.

La entrada de una sirvienta interrumpió la conversación entre madre e hijo.

—Mi amo, un ayudante del sultán desea veros.

Y detrás de la criada entró un oficial.

—Excelencia, el sultán desea veros inmediatamente.

—Muy bien, precisamente me dirigía a visitar a su majestad.

Salió Vedad de su casa para ir a palacio, donde ya había llegado Degernarl con Mireille.

—Majestad, ésta es la primera esposa de Vedad Bey.

El sultán dejó caer su mirada sobre Mireille, que aparecía bellísima a pesar de lo agitada y nerviosa que estaba.

—Déjanos, Degernarl—dijo, y en cuanto hubo desaparecido el jefe de policía, se dirigió a su bella cautiva—. ¡Ah! Aquí estás... hace mucho tiempo que te estás ocupando de lo que no te importa y ahora voy a acabar contigo de una vez para siempre.

—Os juro que apenas conocía a Murad y que no he hecho nada malo, en todo caso nada contra vos, Majestad.

—¡Cállate! Aquí una mujer no puede hablar si no se lo ordenan y la orden que voy a dar para ti vas a oírla.

—Yo quisiera explicarme—suplicó Mireille, temerosa ante la brutalidad de aquel hombre—, y seguramente...

—No; no escucharé una sola palabra de una extranjera. Te has burlado de nosotros, has venido aquí para obligar a tu marido a traicionarme.

—¿Es que en Turquía se condena a la gente sin oírla?

—En Turquía se ejecuta a las mujeres que se niegan a acatar la ley. Acércate...

Junto al sultán había un perro que no tenía nada de bonito, y Mireille lo miraba con recelo. Su amo lo acarició y se puso a hablar con el animalito como si se tratara de una persona.

—¿Qué te sucede? ¿Ahorcaremos a esta mujer, a esta horrible mujer que se ha atrevido a mirarte con malos ojos? A ti, el más bonito de todos los perros.

—¿Bonito este perro? ¡Si no vale nada!

—¿Mi perro no vale nada?

—Puede creerlo, conozco muy bien que no es de raza.

—Pues pagué por él una fortuna.

- Os han robado una vez más, Majestad.
- ¿Una vez más? ¡Tienes mucha audacia!
- Me atrevo a creer que preferís la franqueza a la hipocresía de vuestros consejeros.
- Entre mis consejeros sólo conozco un hombre hipócrita, y ése es tu marido.
- Es el único que os es fiel, el único que os obedece.
- ¿Me ha obedecido?
- Ha sacrificado su amor a su patria, casándose con la mujer que le mandasteis.
- No creo que haya sido un gran sacrificio. Tarquina era una de las mujeres más bellas de mi harén.
- En efecto — admitió tristemente Mireille —, y me parece que se encuentra muy bien al lado de Vedad.
- ¿A qué fuiste a casa de Murad?
- Pensé que podría ayudarme. Desesaba salir de Turquía esta misma noche.
- ¿Sin tu marido?
- Sin mi marido.
- ¿Y por qué razón?
- No puedo soportar su infidelidad.
- Vaya, eso me resulta muy divertido. Siéntate... vamos, «Mitzon» — dijo, dirigiéndose al perrito —. Acércate, no tengas miedo. Entonces, ¿te parece que nuestras costumbres son distintas a las de los demás países?
- Sin ninguna clase de duda.
- En tu país es verdad que no se tiene más que una esposa a la vez; pero varias sucesivamente. ¿Tú crees que eso es mejor? ¿Crees que sois superiores? Te estás burlando de mí, te mofas de mi pueblo, pones en ridículo nuestras leyes, nuestras costumbres, tratas de pervertir a Vedad, de convertirle en un europeo, más aún, en un traidor, y frecuentas en secreto a mis peores enemigos, a los que se proponen asesinar me.
- No, Majestad, no; sólo he tratado de defender mi felicidad, y si he pedido a Vedad que me sacrificara sus tradiciones, he sido vencida. Si me perdonarais, si me dejarais regresar a Fran-

cia, tendríais en Vedad un servidor dedicado por completo a su soberano y a su país.

—Vedad no podrá jamás librarse de ti. Eres hermosa y lo sabes... ahora comprendo que haya hecho locuras por ti. ¡Muy hermosa! Demasiado hermosa para castigarte. ¿Cuándo quieres marchar?

—Esta misma noche, ya lo he dicho.

—¿Sola?

—¡Sola!

—Eres libre.

—Gracias, Majestad.

—Solamente te comprometes, compréndelo bien, a no volver jamás a hablarle, ni a escribirle, que haya muerto para ti. Tienes que prometerlo.

—Lo prometo.

—Si llegas a faltar a tu palabra... mucho cuidado. No pienses que te vas a escapar, sea donde sea, seréis dos a pagar la pata. ¡Degernar! Pacha!

—¡Majestad!

—Esta mujer queda en libertad... Almet, acompaña la a la estación para que tome el primer tren que salga para París. Señora, permítidme que os lo ofrezca como recuerdo mío, os regalo «Mitzon», mi perro favorito.

—Gracias, Majestad—dijo Mireille, cogiendo al animalito en brazos—. Me habéis dado, sin merecerlo, pruebas de vuestra gran generosidad.

La joven francesa hizo una reverencia y salió de palacio acompañada de un criado del sultán para tomar el tren.

Vedad, que iba a ver al sultán, vió a Mireille y corrió tras ella.

—¡Mireille! ¡Mireille! Escucha, ¿dónde vas? Contéstame...

—Acompañan a la señora a la estación, Excelencia—le dijo un policía—, no puedo decir más.

El marido había vuelto a ver a su mujer y estaba decidido a recuperarla, por lo que, olvidándose en absoluto del Sultán, corrió tras ella sin lograr alcanzarla hasta que llegaron a la estación.

Mientras tanto la policía había dado cuenta al sultán de que

Vedad había salido disparado en busca de su mujer en lugar de presentarse ante él.

—Majestad—explicaba el agente—, ha visto que se llevaban a su mujer y se ha precipitado detrás de ella, me ha golpeado, maltratado y...

—Ya sabía yo que la esperaba—dijo el sultán—; yo le había prohibido a ella que volviera a verle. Ha traicionado a su sultán, a Turquía... todo por una extranjera, no estoy rodeado más que de traidores. Los mandaré apalear, desollar. Inventaré... Ves corriendo y tráemelos... si no lo consigues, ¡ay de ti!

Mireille estaba en la sala de espera de la estación, con el perro en brazos.

—Ya verás, «Mitzón», lo bonito que es París; en Francia tendrás mucha más libertad que aquí, esto no es un país para nosotros, nos hacen muchas caricias y cuando ya no les gustamos nos substituyen por otros.

Murad, hábilmente disfrazado, vigilaba la marcha de Mireille. El policía Ali, amigo suyo, se le acercó.

—El sultán acaba de ordenar a Mahir que detenga a Vedad Bey y a su mujer antes de la salida del tren y la policía cercará la estación.

—Bien—contestó Murad—; por el momento no necesito tus servicios, vuelve a palacio.

En aquel instante apreció Vedad muy descompuesto.

—Mireille, no quiero que te marches, ¿oyes?

—Es inútil, mi decisión es irrevocable.

—He dejado a Tarquina.

—Mal hecho, con ella no tienes que soportar ataques de celos y podrías tener tantas mujeres como quisieras.

—¿Por qué dices todo esto, Mireille? Sabes muy bien que sólo te quiero a ti.

—Después de tus ambiciones políticas...

—He presentado la dimisión de mi cargo, no tengo más que un deseo, tu felicidad.

—Lo has conseguido plenamente; soy muy feliz al marchar de Turquía.

—No te dejaré marchar, no me abrumes más; Mireille, sé

que he hecho mal al no luchar con más valentía contra las viejas costumbres de mi patria; pero si tu decisión es irrevocable, abandonaré mi patria, marcharé contigo, lo abandonaré todo para demostrarte que te quiero más que a todo lo que existe en este mundo.

—Es imposible, Vedad, es imposible.

—¿Por qué? ¿Es que ya no me amas?

—No puedo explicártelo ahora, debo marchar.

—Te acompañaré hasta el tren.

Estaban ya en el andén cuando apareció Murad:

—Sálvense, la policía está cercando la estación y el sultán ha ordenado que los detengan a los dos.

—Mireille—gritó Vedad—, baja del tren y sigámos a Murad.

Obedeció la joven ante el inminente peligro y vieron que a Murad le acompañaba un jovencito.

—Llevarás a estos dos señores al puerto y avisa al pescador Mehaoud, que ya está prevenido, y embarquen sin miedo. El chico les enseñará una salida de la estación que no está vigilada. Un día vosotros dos me salvasteis la vida...

Sin pronunciar una sola palabra se despidieron, con la misma pena que aquel día sintieron Vedad y Mireille; al saltar del tren su amigo. Llegaron hasta el muelle donde todo ocurrió tal como lo había planeado el revolucionario, hombre experto en estas lidas de huir de la policía.

Atomados en la barca pesquera de Mehaoud, la noche oscura para mejor protegerles, escuchaban en silencio el sordo ruido de los remos partiendo el agua, y Mireille sentía revivir la esperanza en cada golpe de remo que la alejaba de Turquía y la aproximaba más a Vedad, que la sostenía cariñosamente contra su corazón.

El marido rompió aquel encantador silencio.

—Espero que Murad estará a salvo, jamás olvidaremos lo que ha hecho por nosotros.

FIN

La mejor literatura
la encontrará Ud. en

Ediciones Biblioteca Films

eSerie especiala

CUANDO QUIERE UN MEXICANO
ASI SE QUIERE EN JALISCO
DIEGO BANDERAS
PERJURA
JORGE NEGRETE (Biografía)
LA CAMARA DIABOLICA (1.ª parte)
EL RAYO DE LA MUERTE (2.ª parte)
LA DOLOROSA
TARZAN DE LAS FIERAS
LA MADRINA DEL DIABLO
SARGENTO YORK
SEDA, SANGRE Y SOL
UNA CARTA DE AMOR
UNA MUJER INTERNACIONAL
MI NOVIO ESTA LOCO
¡AY, JALISCO NO TE RAJES!
TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS
LA VENGANZA DE LAGARDERE
CAMINO DE SACRAMENTO
DESTINO
EXTRANA MUJER
LA DAMA DE LA FRONTERA
MORENITA CLARA
MONTECASSINO

3'50 Ptas.

Jorge Negrete
Jorge Negrete
Jorge Negrete
Jorge Negrete

Flash Gordon
Flash Gordon
Rosita Diaz
Buster Crabbe
Jorge Negrete
Cary Cooper
Jorge Negrete
Jorge Negrete
George Brent
Dennis O'Keef
Jorge Negrete
Burgess Meredith
Jorge Negrete
Jorge Negrete
Ingrid Bergman
Hedy Lamarr
Ivonne de Carlo
Evita Muñoz (Chachita)
Ubaldo Lay

eSerie especiala

DON QUIJOTE DE LA MANCHA
COMO MEXICO NO HAY DOS
EL AMETRALLADORA
¡VIVA MI DESGRACIA!
TORTURA
EL FANFARRON
UNA CANCION EN LA NOCHE
ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA
MUJERES
GRAN CASINO
HOMBRES DE PRESA
EL MUNDO CELESTIAL
EL AHIJADO DE LA MUERTE
LOS TRES GARCIA
EL VERDUGO
NOCHE ETERNA
PASION QUE REDIME
NUNCA LA OLVIDARE
NOCHE Y DIA
EL BARCO DE LA MUERTE
PALILA
PERLA MALDITA. SHERLOCK HOLMES
FANTOMAS CONTRA FANTOMAS

4'— Ptas.

Rafael Rivellés
Tito Guizar
Pedro Infante
P. Infante - Trio Colaveras
Stil Jarro
Jorge Negrete
Domingo Soler
Cornel Wilde
Joan Crawford
Jorge Negrete
John Waine
Hedy Lamarr
Jorge Negrete
Pedro Infante
Margarita Andrey
Henry Fonda
Hedy Lamarr
Irene Dunne
Cary Grant
Glenn Ford
Glenn Ford
Basil Rathbone
Aime Clariond

CALIFORNIA

STATE OF CALIFORNIA

County of _____

Know all men by these presents, that _____

of the County of _____ State of California

do hereby certify that _____

is the true and correct copy of _____

as the same appears by _____

and the original thereof is on file in _____

at _____ California

this _____ day of _____ 19____

CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1 peseta

NEGRETE
IRMA VILA
LA RIOJANITA
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NISO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
NIÑO DE ORIHUELA
CARMEN MORELL
EL PRINCIPE CITIANO
MIGUEL DE LOS REYES
MARCARITA SANCHEZ
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTOQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
JOSE LUIS CAMPOY
ALFONSO GUERRA
PERE MARCIENA
ALICIA MUÑOZ
LOLA FLORES
JOSE MARIA



RAFAEL
ANGEL SANZ
PEPE BLANCO
JUANITO PERA
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
LA GITANA BLANCA
MANOLO CARACCI
NINA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
CORALILLO DE GRANADA
LOS MEJORES CANTARES
¡VIVA EL FOLKLORE!
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOZO (Tango)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LOLA ALEGRIA
LOS PONCHOS
LUIS ARAQUE

2 pesetas

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés - Cinco estrellas del Hot - Trío Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila - Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas de la Radio - Negrete, Irma Vila y Trío Calaveras - Pepe Blanco - Mario Visconti - Ritmos cubanos - Grandes figuras del folklore - Carlos Gardel - Paquita Rico - Agustín Irusta - Antonio Amaya - Cancionero Internacional - Chavalillos de España - Boleros de moda - Melodias de hoy - Juanito Valderrama - Xavier Cugat - Ramón Evaristo

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

4 pesetas